

A ciegas

Jesús Campos García

Auto sacro de realismo inverosímil o de la irrealidad verosímil
(Aproximadamente)

PERSONAJES

- EL UNO:** (El hombre que piensa.) Con barba blanca y voz grave.
- EL OTRO:** (El hombre que actúa.) Con barba de color castaño oscuro, y voz acerada.
- EL EXTRA:** Interpretado por una mujer con voz grave.
- COMADRONA.**

ESPACIO Y ELEMENTOS ESCÉNICOS

El espacio escénico, cruciforme, ocupará el centro de la sala, extendiéndose, a modo de pasillos, hasta sus cuatro ángulos. Los asientos del público, situados al mismo nivel, se colocarán orientados hacia el centro en las cuatro zonas trapezoidales en las que quedará dividida la sala. Las zonas por la que se desplazarán los actores se señalarán mediante suelos de distinta textura.

En la intersección de los pasillos habrá una construcción transformable de difícil identificación que se utilizará para distintos fines según lo requiera la acción. Al final de cada uno de estos pasillos se dispondrán los elementos necesarios para producir ruidos de: A) ventana y cajones, B) cocina, C) baño, D) puerta de calle y E) dispositivos de derrumbamiento en los extremos de la sala.

En el techo, justo en el centro, se instalarán cuatro grandes ventiladores y pulverizadores dirigidos hacia los cuatro sectores del público. Estos elementos, así como los enumerados anteriormente, permanecerán ocultos cuando los espectadores accedan a la sala, la cual se encontrará en penumbra con luz azulada y una cierta neblina.

El espacio acústico estará formado por el ruido que genera el uso de la utilería, o el de los artilugios que la sustituyan, y por una grabación en doble estéreo que envuelva al espectador.

El espacio olfatorio se creará utilizando una serie de circuitos eléctricos que actuarán sobre ambientadores térmicos e inyectores de aire; o, en su defecto, con pulverizadores manuales; si bien se deberá contar con un equipo de renovación de aire para evitar la mezcla de olores. De no ser así, sólo se utilizará el olor a mar.

(Tanto en la estimulación acústica, como en la estimulación olfatoria, se actuará con gran moderación. Y, salvo indicación en contrario, los efectos sólo serán sugeridos, evitando -en la medida de lo posible- el protagonismo del equipo técnico.)

La sala estará igualmente dotada de máquinas de humo y extractores con capacidad suficiente para su rápido desalojo.

Y podrán utilizarse suelos vibratorios y/o asientos interactivos según aconseje el presupuesto; aunque será suficiente contar con un equipo de sonido dotado de una potente amplificación de subgraves para transmitir las vibraciones.

ILUMINACIÓN

Independientemente de los efectos lumínicos que se indicarán en su momento, la sala estará dotada de señalización de emergencia, indicando con flechas las salidas (éstas realizadas con leds cuya luz será filtrada para evitar el más mínimo resplandor.) También se utilizarán leds en los extremos de los pasillos, si bien estos se encontrarán en el interior de tubos dirigidos hacia las zonas de actuación, de forma que sirvan para orientar a los actores sin que puedan ser observados por el público.

El personal de sala se servirá de intensificadores de visión nocturna con fuente de infrarrojos para poder auxiliar al público en caso de emergencia, ya que la obra se desarrollará en la más absoluta y total oscuridad.

ACCIÓN

Al iniciarse la acción, ráfagas de viento, intermitentes, se escuchan en la lejanía.

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah! (Quejido ronco, esforzado, aunque no muy convincente.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! (Tras una larga serie de jadeos, un grito, no muy fuerte, destaca de los demás.)

EL OTRO.- ¿Te duele ya?

EL UNO.- (Con tono lastimero.) No, todavía no, pero si continúo quejándome, estoy seguro de que lo conseguiré.

(Varias explosiones, sordas y lejanas, se suceden casi sin interrupción.)

EL OTRO.- Para mí que eso ha sido en el puerto.

EL UNO.- Mira, no sé; no estoy para guerras.

EL OTRO.- Tampoco debes obsesionarte; si tiene que doler, ya te dolerá.

EL UNO.- Sí, dolerá... dolerá... pero no me duele, y a la fecha en que estamos, esto empieza a ser preocupante.

EL OTRO.- Sí..., pero no. Es un caso muy especial. No existen precedentes.

EL UNO.- (Irritado.) Precisamente por eso.

EL OTRO.- Vale, vale... pero no te pongas nervioso.

EL UNO.- ¡Nervioso?

EL OTRO.- Tranquilo, hombre, serénate y deja que la naturaleza siga su curso. De nada vale pasarse la noche en un grito si aún no ha llegado el momento.

EL UNO.- Cuando te duele, te quejas, ¿no? Pues si te quejas, te dolerá. Vamos, digo yo.

EL OTRO.- No empieces, ¿eh?

EL UNO.- Qué quieres, el mundo es así: reversible y corresponsable. Tanto depende el efecto de la causa como la causa del efecto.

EL OTRO.- Eso son empanadas mentales que nada tienen que ver con las leyes de la naturaleza.

EL UNO.- La mente está por encima de la naturaleza; al menos, ésa es su función. Desgraciadamente, no siempre es así... Y no quiero señalar.

EL OTRO.- Pues no señales. (**Molesto.**) Cuando te pones verborreico lo único que consigues es que me entren ganas de dejarlo todo. Y créeme que lo deseo tanto o más que tú, pero si hay algo que no soporto son tus ingeniosidades.

EL UNO.- Quisiera verte en mi lugar.

EL OTRO.- ¿Ves?, ahí te doy la razón. Incluso puede que lo llevara peor que tú.

EL UNO.- Eso puedes jurarlo.

EL OTRO.- Ahora, reconoce que estás un poco borde.

EL UNO.- ¡Borde? Lo que me faltaba por oír.

EL OTRO.- Perdona.

EL UNO.- ¡No sabes esgrimir una razón que no sea un exabrupto?

EL OTRO.- Lo siento. ¿Qué más puedo decir?

EL UNO.- Los modales, como el azúcar, hay que usarlos con tino. Ya sé que son una impostura, pero es el único modo de quitarle amargor a la vida.

EL OTRO.- Bueno, venga, hagamos las paces. (**Se sienta en la cama.**)

EL UNO.- Quita, quita, no me besuquees.

EL OTRO.- Hombre... yo...

EL UNO.- Primero la sueltas, y luego mucha zarandaja.

EL OTRO.- No sé para qué te digo nada.

EL UNO.- Pues eso, mejor callado. **(Tras una pausa, reanuda los lamentos, aunque con menos ímpetu.)** ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!

EL OTRO.- ¿Te preparo un caldo de gallina?

EL UNO.- ¿Pero tú te crees que en una situación así, a punto de que se me desgarren las carnes, está uno para tomar un caldo?

EL OTRO.- ¿Qué pasa? Un caldo resucita a un muerto.

EL UNO.- **(Sin poder contener la risa.)** Por favor, no me seas antiguo. Estamos poniendo un pie en el futuro, y me sales con los remedios de la abuela.

EL OTRO.- **(Algo mosca.)** Vale, vale, desterníllate. Mira, lo prefiero.

EL UNO.- Conque un caldo, ¿eh? Se te ocurre cada cosa...

(Se oyen varias ráfagas de metralleta y, en los intervalos, disparos de fusil. Ambas descargas se escuchan lejanas y, aunque próximas entre sí, se distingue su distinta procedencia.)

EL UNO.- Para mí que están en las cercanías del Casino. ¿No crees?

EL OTRO.- El de la metralleta, no te digo que no; pero el del fusil debe andar entre los tamarindos del paseo marítimo.

EL UNO.- **(Con ironía.)** ¡Cielos, qué precisión!

EL OTRO.- Oído de mariscal de campo, eso es lo que tengo. Son ya muchos siglos en campaña y, sólo con escuchar la pólvora, me basta y me sobra para saber dónde se está disputando la posición.

EL UNO.- **(Pausa.)** Pues no parece que haya mucha refriega.

EL OTRO.- No, no parece. Dentro de lo que cabe, la noche discurre tranquila.

(Se escuchan varias ráfagas más y, tras una pausa, algún que otro disparo.)

¿Te arreglo el almohadón?

EL UNO.- No, deja, estoy bien así.

EL OTRO.- Me gustaría poder hacer algo.

EL UNO.- Pues vete haciendo a la idea de que no puedes hacer nada.

EL OTRO.- Sí, ya lo sé, pero se me hace muy cuesta arriba tener que estar así, de acompañante.

(Continúa el tiroteo. Ahora, mucho más lejano.)

EL UNO.- Ven, acércate. **(Pausa.)** Trae, dame la mano. **(Pausa.)** ¿Lo sientes?

EL OTRO.- No.

EL UNO.- Espera. Espera y verás.

EL OTRO.- Ahora, ahora sí.

EL UNO.- ¿Te das cuenta?

EL OTRO.- ¡No para!

EL UNO.- ¿Ves como no es una obstinación retórica?

EL OTRO.- Yo diría que va a ser futbolista.

(Ambos ríen.)

EL UNO.- No me digas que no es hermoso.

EL OTRO.- Algo nos tenía que ir bien en estos tiempos tan desahuciados.

EL UNO.- Calla, no la nombres. La adversidad, ni mentarla. Cuando el mundo se obstina en apagarse, es mejor cerrar los ojos para no ver la oscuridad.

EL OTRO.- (En una explosión de euforia y optimismo.) Me apetece encaramarme a la antena de la televisión y gritar «tierra»; tanto si se ve, como si no.

EL UNO.- Menudo Cristóbal Colón estás tú hecho.

EL OTRO.- Llegado el caso, la Embajada de los Estados Unidos no tendría más remedio que felicitarme.

EL UNO.- De eso no te quepa la menor duda.

EL OTRO.- Lo que son las cosas, tanto tiempo militando como anti-imperialistas y ahora, por un albur de la navegación, estamos en un tris de convertirnos en un imperio.

EL UNO.- Yo que tú no me preocuparía demasiado. En cuestiones coloniales, militancias aparte, lo que más jode es el imperio ajeno.

EL OTRO.- No, visto así...

EL UNO.- Eso has dicho siempre. ¿O no? Puede que... coyunturalmente cambiaras el discurso, la vida obliga a veces a ser versátil, pero nunca cambiaste la sustancia (**Recalcando.**) en lo sustancial. Así somos de binarios y contradictorios.

EL OTRO.- Te agradezco mucho que me lo expliques, pero créeme, prefiero no entenderlo. Cuando lo entiendo, me entero menos.

EL UNO.- Lo tendré en cuenta. (**Transición.**) En fin, yo a lo mío, que con tanta charla se me ha ido el santo al cielo, y en esto de las contracciones conviene ser muy riguroso.

EL OTRO.- ¿Pero te duele? Porque si no te duele, de poco vale que lo proclames.

EL UNO.- Ahora no aportes dudas. Es el momento de los instintos, y no de ser racionales. Tú, más que nadie, deberías saberlo. Es el momento de la acción. (**Pausa.**) ¡Ah! ¡¡Ah!! ¡¡¡Ah!!!

EL OTRO.- ¿De la acción? Pues, ¿sabes lo que te digo?, que voy a preparar un caldo de gallina, y si tú no lo quieres, me lo tomo yo. No tengo cuajo para estar aquí, inerte, esperando a que todo lo haga la naturaleza.

EL UNO.- ¿Y se puede saber cómo piensas hacer un caldo de gallina sin gallina?

EL OTRO.- **(Mientras jarrucea con los cacharros.)** ¡Mira tú el problema! Con un poco de grasa de ballena y un puñado de sal, preparo yo un caldo que parece de sobre.

(Estrépito de cacerolas y rotura de cristales.)

¡Mierda!

EL UNO.- ¡Vaya por Dios! ¿Qué ha sido eso ahora?

EL OTRO.- El cazo, que no estaba en su sitio.

(Ruidos de recogida.)

EL UNO.- Anda, deja, yo lo recojo, que eres un manazas.

EL OTRO.- Tú estate quieto. Déjame a mí.

EL UNO.- ¿Pero cómo te voy a dejar? Menudo peligro estás tú hecho.

EL OTRO.- Que te acuestes, te digo. Ya lo hago yo.

EL UNO.- Pero si es un momento.

EL OTRO.- ¡Ay! ¿Ves? Ya me he cortado.

EL UNO.- Cuando te digo que me dejes... ¿Te has hecho daño?

EL OTRO.- No, no es nada. Aunque, sí, parece que estoy sangrando.

EL UNO.- **(Alarmado.)** ¿Sangrando? ¿Dónde?

EL OTRO.- No escandalices, que no es nada grave. (**Yendo hacia el aparador.**)

EL UNO.- (Siguiéndole.) La sangre es el fluido de la vida.

EL OTRO.- Pero si es un rasguño.

EL UNO.- Trae, ¿dónde ha sido?

EL OTRO.- Deja. En el dedo. (**Abre el cajón del aparador.**)

EL UNO.- Ah, pues chúpate, que no se te infecte.

EL OTRO.- (Revolviendo en un cajón.) Por aquí tenía que haber agua oxigenada.

EL UNO.- No hay nada tan higiénico como lamerse bien las heridas.

EL OTRO.- (Bromeando.) ¿Qué quieres, que me contagie con mis enfermedades?

EL UNO.- Anda, calla, y no te rías de tu propia muerte.

EL OTRO.- Vale, pero tú vete a la cama, que ya tenías que estar quejándote.

EL UNO.- Quita de lamentos ahora, ya echaré el alma por la boca cuando sea menester; pero antes hay que vendar ese dedo.

(Nuevos disparos de pistola y de ametralladora. Esta vez el sonido llega de un lugar distinto, aunque también lejano.)

EL OTRO.- ¡Me quieres dejar?

EL UNO.- Bueno, vale. No hace falta que seas tan áspero.

EL OTRO.- ¡Me he cortado un dedo, no la yugular!

EL UNO.- (Ofendido.) Por mí como si te desangras. (**Va hacia la cama.**)

EL OTRO.- Es que no es para que te pongas tan angustioso, total por una nadería.

EL UNO.- (Ya en la cama, se queja sin mucho entusiasmo.)
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- Aquí no hay quien encuentre nada. Estoy por acercarme a la farmacia.

EL UNO.- Yo que tú no me arriesgaría, que basta con un tiro certero para que se te quiten las ganas de vivir.

EL OTRO.- Si por ti fuera, no pondríamos un pie en la calle.

EL UNO.- Mira, hazte una cura de urgencia. Y ya mañana, cuando vayas al hospital, ingresas el dedo en el quirófano.

EL OTRO.- Contigo no se sabe nunca cómo acertar: o te alarmas por cualquier cosa o pasas del todo. El caso es ir a contrapelo.

EL UNO.- ¿Qué quieres? Te prefiero sin dedo a que encuentres la muerte en un jolgorio de francotiradores.

EL OTRO.- Pues no sé qué es peor: si morir de un tiro o no vivir por miedo a que te maten.

EL UNO.- Lo que tienes que hacer es quedarte conmigo, no sea que se acrecienten los dolores y se abra el mundo mientras tú estás de compras.

EL OTRO.- Eso es chantaje sentimental.

EL UNO.- Llámalo como quieras, pero tú quítate de la cabeza esa idea absurda de irte ahora de farmacias. Sólo faltaba que empezáramos la noche de parto y la acabáramos de entierro.

EL OTRO.- De algo habrá que morir. Vamos, digo yo.

EL UNO.- Sí, pero no de imprudencia.

EL OTRO.- Qué más dará morir de guerra, con la cantidad de desgracias que andan sueltas por ahí. Yo he visto virus tan dañinos que ya quisieran sus dolientes encontrar una bala misericordiosa.

(Ruidos de difícil identificación.)

EL UNO.- ¿Se puede saber en qué trajinas ahora?

EL OTRO.- Estoy barriendo. Algo quedará, pero ya lo recogeré cuando amanezca.

(Se escucha una explosión muy lejana.)

EL UNO.- (Desencajado.) ¡Ah! Ahora. Ya. Ahora. ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- (Con premura.) ¿Qué, qué te pasa?

EL UNO.- ¡Ay, ay, ay! Ahora sí que me duele.

EL OTRO.- ¿Te está doliendo en serio?

EL UNO.- Y tan en serio, ¡leche! ¡Ay, ay, su padre!

EL OTRO.- Coge, apriétame la mano.

EL UNO.- Ya. ¡Uff! ¡Uff! ¡Uff!

EL OTRO.- ¿Ya?

EL UNO.- Muy fuerte, tío, muy fuerte. Esto va a ser muy fuerte.

EL OTRO.- ¿Se pasó ya?

EL UNO.- Cielo Santo, ni que fuera a parir un cocodrilo. ¡Cómo muerde!

EL OTRO.- Deben ser las contracciones. Ahora es cuando habrá que estar atentos para observar la frecuencia.

(Lejanas, muy remotas, y procedentes de distintos lugares, se escuchan varias explosiones.)

EL UNO.- Deberías llamar a la comadrona.

EL OTRO.- Cuanta menos gente esté en el secreto, mejor.

EL UNO.- Eso ya lo hemos discutido.

EL OTRO.- Mira, como quieras, pero tampoco hay que llamarla al primer síntoma. Además, ya está bien de histeria, puede ser una falsa alarma.

EL UNO.- ¡Histeria? ¿Sabes el trallazo que me ha dado?

EL OTRO.- Me lo figuro.

EL UNO.- ¡Qué te lo vas a figurar! Que te figuras que te lo figuras, pero no te lo figuras. Eso creía yo, que me lo figuraba, pero qué me lo iba a figurar. ¡Ahora! Ahora ha sido cuando me lo he figurado. ¡No te jode! Que se lo figura, dice.

EL OTRO.- (**Bromeando.**) Vale, vale, ya estás en el secreto.

EL UNO.- Sin coñas, ¿eh? Sin coñas.

EL OTRO.- Pero si lo sé. Cómo no lo voy a saber. Claro que es duro, y más en tu caso, siendo primerizo.

EL UNO.- Razón de más para que la llames.

EL OTRO.- Mira, te pondría anestesia epidural si la tuviera, pero eso ya lo sabíamos cuando se tomó la decisión. O... debimos pensarlo. O, bueno, quizá debí decírtelo. Mucho es ya que tengamos quinina. Ahora, hazte a la idea: esto es a pelo.

EL UNO.- Todo eso me parece muy bien. Pero, ¿vas a llamarla?

EL OTRO.- No podemos arriesgarnos a que se marche después de haberte reconocido. Correría la noticia.

EL UNO.- ¿A estas horas? ¿Qué va a ir, levantando a la gente de la cama?

EL OTRO.- Tú es que parece que no te quieres enterar de que esto no es un caso normal.

EL UNO.- ¿Qué es?, ¿una atracción de feria?

EL OTRO.- ¡Hombre, normal no es! Reconócelo. Y hay que andarse con cuidado justamente para eso, para no convertirnos en una atracción de feria. Además, un dolor aislado no quiere decir nada.

EL UNO.- Pues a mí me ha dicho mucho.

EL OTRO.- Ya, pero los dolores tienen que ser regulares.

EL UNO.- Llevo toda la noche en un grito.

EL OTRO.- En un grito, sí, pero gritos de animación, sin fundamento. Dolor, lo que se dice dolor, sólo te ha dado uno.

EL UNO.- Es que no necesito más. Mira, no estoy mentalizado para pasarme la noche de parto. Pensé que sí, pero se ve que no.

EL OTRO.- ¿Y quién lo está? Esto no es plato de gusto para nadie. Es más, yo tendría que estar ahora en los Alpes, al frente de las tropas. Los elefantes se niegan a subir las cuestas, y si no les allanamos el terreno, de nada valdrá la audacia de haber ideado un ataque zoológico.

EL UNO.- Sí, hombre, vete de Guerras Púnicas, como si esto no fuera contigo.

EL OTRO.- No es que lo vaya a hacer. Soy un padre responsable.

EL UNO.- Ya, ya sé que estás aquí haciéndome compañía, y te lo agradezco; pero, en el fondo, sé que preferirías estar en Waterloo.

EL OTRO.- Hombre, precisamente en Waterloo...

EL UNO.- Tú con tal de correr aventuras...

EL OTRO.- De acuerdo, lo admito: me gusta un viaje más que a ti un libro. Pero ahora no es el caso. El hijo que vamos a tener está por encima de nuestros asuntos personales. Y no diré que se trata de una razón de estado, porque ésta es una cuestión que sobrevuela las fronteras. Lo que está ocurriendo aquí atañe al futuro de la humanidad.

EL UNO.- (Tras una pausa.) Qué bonito lo que acabas de decir.

EL OTRO.- No he dicho nada que no piense.

EL UNO.- Precisamente por eso es bonito.

EL OTRO.- Ya.

EL UNO.- ¿Te das cuenta? A veces nos comportamos como si fuéramos un matrimonio.

EL OTRO.- El hábito, que hace al monje.

(Ráfagas de ametralladora, muy lejanas. También algún disparo aislado.)

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- ¿Te vuelven ya?

EL UNO.- No, son gritos sucedáneos.

EL OTRO.- Yo no lo forzaría. Es mejor que los cuerpos se manifiesten según su necesidad.

EL UNO.- Al fin te veo convencido.

EL OTRO.- Siempre lo estuve. **(Pausa.)** Será el comienzo de una nueva era.

EL UNO.- ¿Ves?, eso ya más bien me incordia; vamos, que me da mucha pereza. Porque empezarla se empieza, pero luego hacen falta muchos acontecimientos para hacer una era. Además, no me seduce la idea de que nos convirtamos en un hito.

EL OTRO.- Bueno, el hito lo serías tú.

EL UNO.- (Enérgico.) Lo seríamos los dos.

EL OTRO.- Está bien, no discutamos. El hito lo será el niño.

EL UNO.- O la niña.

EL OTRO.- Sí, claro. Es curioso, siempre pensé que sería un chico.

EL UNO.- Menudo machista estás tú hecho.

EL OTRO.- A ver si te vas a volver feminista con eso de que vas a ser madre.

EL UNO.- ¡Alto ahí! Voy a ser padre. Gestante, pero padre.

EL OTRO.- (Tras una pausa.) Además, ¿por qué machista? ¿Por querer tener un hijo? Me había hecho a la idea de que fuera astronauta, eso es todo.

EL UNO.- Ah, y si es niña no puede serlo.

EL OTRO.- Tampoco hagamos un problema...

EL UNO.- Es verdad, tienes razón. Basta ya de asperezas. **(Pausa.)** Ven, abrázame.

(Ruido de somier.)

EL OTRO.- (Tras una pausa larga.) Oye, ¿no nos estaremos pasando en esto de las manifestaciones... afectivas?

EL UNO.- No sé por qué.

EL OTRO.- Verás..., éste es un tema en el que no me gustaría excederme. Es más, preferiría pecar de austero.

EL UNO.- Tonterías, prejuicios culturales. No vamos a escatimarle las caricias.

EL OTRO.- Podría entenderse como un saraseo.

EL UNO.- Por mí como si parece mariconería. El feto necesita ternura y no voy a consentir que nos nazca triste, para evitarnos el qué dirán.

EL OTRO.- Aún así, convendría fijar unos límites.

EL UNO.- ¿Límites al cariño? ¡Vaya suerte de padre!

EL OTRO.- Pero sí lo sé. Además, fue idea mía. **(Pausa.)** Bueno, no le demos más vueltas. Muac, muac **(Dos besos sonoros.)** Ya está.

EL UNO.- No hagas el payaso.

EL OTRO.- Uno para ti y otro para él. **(Tras una pausa, poniéndose en pie.)** ¿Has vuelto a tener molestias?

EL UNO.- Amaga, pero no se decide a irrumpir.

EL OTRO.- A veces los gases...

EL UNO.- Ni gases ni huracanes. Su cabeza testaruda. Menuda embestida.

EL OTRO.- Tampoco tenemos prisa.

EL UNO.- Puede que tú no; ahora, el niño necesita independencia, tener su propia sangre. Un mes fuera de cuenta es mucho tiempo para andar enclaustrado. Además, lo más probable es que quiera conocerte, mearte personalmente; que no hay nada como un padre bien meado.

EL OTRO.- Ya habrá tiempo de que me impregne.

EL UNO.- Aunque claro, tal como está el mundo, no es de extrañar que se desinterese por la vida.

EL OTRO.- Todo parto es un riesgo; y más éste, que se produce en las afueras de la naturaleza.

EL UNO.- Si pelagra la vida de uno de los dos, prométeme que salvarás al niño.

EL OTRO.- Por favor, no dramatices.

EL UNO.- Pero tú prométemelo. (**Apremiante.**) ¿Lo prometes? Di, ¿lo prometes?

EL OTRO.- Sí, hombre, sí. Y no te excites, que los nervios son muy dañinos y dejan cicatrices en la alegría.

(Ráfaga de metralleta, a una distancia media.)

Para mí que eso ha sido en el mercado. Alguien que iría a por víveres.

EL UNO.- Ahora que voy a ser padre, entiendo mejor que se jueguen la vida por llevar algo a casa.

EL OTRO.- Hoy por hoy, nunca nos faltó lo necesario. Ahora, a una mala, yo sería partidario de echarnos a la mar, que allí nunca escasea.

EL UNO.- Sí, el mar es una bendición.

EL OTRO.- ¿Te gustaría vivir a la deriva, por esas aguas de Dios?

EL UNO.- Sí, hombre. Con el cuerpo que tengo, sólo me faltaba andar por ahí al capricho del oleaje.

EL OTRO.- Pues a mí me encantaría, que en el mar las fronteras son acuerdos verbales, dibujos a escala, invenciones de los geógrafos. O si no, fíjate en las sardinas, cómo cambian de país cuando se les antoja sin necesidad de pasaporte ni demás zarandajas.

EL UNO.- No te digo que no. Ahora, si hemos de vivir a flote, no conviene olvidarse de los piratas, que también van a su albedrío, sólo que con más artillería.

EL OTRO.- Por supuesto, como que no hay vida sin amenaza. Es más, vivir es arriesgarse. Mira, lo tengo muy claro: si algún día nos acosara el hambre, le pegaría un empujón a la casa, que para eso la hice de madera, para poder salir a flote, y nos iríamos a descubrir América, que ya va siendo hora de que volvamos a tener un imperio como cuando éramos niños.

EL UNO.- No quiera Dios que nos veamos tan necesitados que tengamos que hacernos imperialistas.

EL OTRO.- Nunca se sabe a qué miserias puede empujarte la desesperación.

(Nueva ráfaga de disparos, voces y carreras lejanas. En esta ocasión, de distinta procedencia.)

EL UNO.- ¿Serán los mismos?

EL OTRO.- Vete tú a saber.

EL UNO.- Voy a tener que ir al servicio. Ven, ayúdame.

EL OTRO.- ¿Te encuentras mal?

EL UNO.- No, no es nada. La vejiga, que pide descargarse. Supongo que querrá estar preparada para la ocasión.

EL OTRO.- Trae, apóyate.

(Algún disparo más, las voces se alejan hasta extinguirse.)

EL UNO.- Hay que ver la torpeza. En cambio los animales, tan frescos; se abren de patas y paren como si tal cosa.

EL OTRO.- Con cuidado.

EL UNO.- La civilización, que es muy quejumbrosa.

EL OTRO.- Si tú lo dices...

EL UNO.- Claro que en eso consiste la sabiduría, en la exaltación de las dolencias. Además, ¿qué sería de las ideas si no residieran en los cuerpos?

EL OTRO.- Lo siento, no te sigo.

EL UNO.- (Abriendo la puerta del servicio.) Pues eso, que las ideas no pesan; vamos, que no se sustancian.

EL OTRO.- No sé a dónde quieres ir a parar.

EL UNO.- (Bromea.) Al servicio. **(Transición.)** ¿Tú crees en la existencia del alma? **(Alza la tapa del water y orina copiosamente.)**

EL OTRO.- Hombre, creer, creer... Me hago una idea.

EL UNO.- Esto de orinar sentado es lo que peor llevo.

EL OTRO.- Sí, debe hacerse raro.

EL UNO.- El alma es ingrávida, pesa menos que el estado gaseoso.

EL OTRO.- ¿Quieres decir con eso que es alma todo lo que no gravita?

EL UNO.- En cierta forma. **(Baja la tapa del water y tira de la cadena.)**

EL OTRO.- Ven, cógete.

EL UNO.- Espera que me refresque un poco. **(Abre el grifo y se enjuaga las manos.)** El alma es aquello que se imagina: la memoria, el anhelo y, sobre todo, la duda. **(Cierra el grifo.)** Vamos, la apetencia de sabiduría.

EL OTRO.- (Sin gran convicción.) ¿La mente?

EL UNO.- Sí, la mente.

EL OTRO.- Ah, pues en eso sí que creo. Mejora mucho la puntería. Los peores enemigos son los que ponen la mente en el punto de mira.

EL UNO.- (Caminando hacia la cama.) Y, ¿no has pensado nunca en lo que ocurriría con la mente si no existiera el cuerpo?

EL OTRO.- Pues..., francamente, no.

EL UNO.- Se expandiría como un gas. Qué digo como un gas, como el vacío.

EL OTRO.- Ya.

EL UNO.- (Mientras se acuesta.) Toda la experiencia acumulada, todo el saber, deambulando a la deriva por el espacio sideral, o atrapado en la densidad de algún agujero negro.

EL OTRO.- Claro, visto así... **(Intenta arrojarlo.)**

EL UNO.- No, deja, no me tapes, que tengo sofoco. **(Pausa.)** Por eso la civilización es tan quejumbrosa, porque es la pugna entre la gravedad y el vuelo.

EL OTRO.- Acabáramos, ¿era eso? Creí que te pasaba algo.

EL UNO.- ¿Qué sería de la civilización si no fuera por los cuerpos que la sustentan? Aunque bien es cierto que no hay peor dolor que aquel que se reflexiona. **(Se queja a media voz, pero muy orgánico.)** ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- ¿Qué es? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah! **(Recuperándose.)** Pero... ¿existiría la reflexión... si no sufriéramos el dolor?

EL OTRO.- Déjate de coñas, ¿te duele o no te duele?

EL UNO.- ¡Pues claro que me duele! ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- Entonces, vamos, respira hondo, que se te oxigenen las entrañas. **(Marcándole el ritmo.)** Inspirar.

EL UNO.- Iss...

EL OTRO.- Espirar.

EL UNO.- Uff...

EL OTRO.- Inspirar.

EL UNO.- Iss...

EL OTRO.- Espirar.

EL UNO.- Uff...

EL OTRO.- ¿Se te pasa?

EL UNO.- ¡Qué se me va a pasar! (**Aceleradamente.**) Iss, uff. Iss, uff. Iss, uff.

EL OTRO.- Más despacio, a ver si lo vas a constipar con tanta ventilación.

EL UNO.- Te lo juro. No sé si voy a poder.

EL OTRO.- ¿Cómo que no vas a poder? En llegando a este punto, no hay más remedio que poder.

EL UNO.- ¡Quién me mandaría a mí?

EL OTRO.- ¿No irás a dudar ahora?

EL UNO.- Es que duele como si todas las fuerzas del universo estuvieran solventando sus pleitos en mi bajo vientre.

EL OTRO.- Mientras no dilates, no va a cesar la pugna. Así que ponte de parte de los desgarros.

EL UNO.- Se dice muy fácil, pero ponte tú y hazlo.

EL OTRO.- (**Dicharachero.**) No es que quiera quitarte el mérito, pero las mujeres lo hacen.

EL UNO.- Pues allá ellas. (**Transición.**) Si llego a saber esto... Cómo es posible...

EL OTRO.- (**Cariñoso.**) Venga, no puedes decir eso. Es nuestro hijo.

EL UNO.- Nuestro, sí, pero me duele a mí.

EL OTRO.- En fin, no sé qué puedo hacer.

EL UNO.- Llamar a la comadrona.

EL OTRO.- No empieces de nuevo. Comprendo que estés in quieto...

EL UNO.- ¡Inquieto? (**Levantándose.**) Bueno, mira, dame el teléfono. Si no la llamas tú, la llamaré yo.

EL OTRO.- ¿Se puede saber qué haces? Anda, dame y vuelve a la cama.

(Tras un pequeño forcejeo por hacerse con el teléfono, éste cae al suelo.)

EL UNO.- ¡Ay!

EL OTRO.- No, si acabarás haciéndote daño.

EL UNO.- (**Acusando el cansancio.**) Vale, vale, ya me acuesto. Ahora, tú, llámala.

EL OTRO.- De acuerdo, la llamaré. (**Marca el número.**)

EL UNO.- ¿Qué pasa? ¿No contestan?

(IMPORTANTE: El texto de la comadrona debe oírse tan bajo que no se entenderá la letra, sólo los tonos.)

EL OTRO.- Paciencia, está llamando. (**Al teléfono.**) Verá, me dieron este teléfono...

COMADRONA.- ¿En el hospital?

EL OTRO.- Sí, en el hospital.

COMADRONA.- Bien, pues debe el número.

EL OTRO.- ¿Cómo dice?

COMADRONA.- El número de la paciente, su filiación.

EL OTRO.- Ah, ya, la filiación. (**Transición.**) Dime tu número.

EL UNO.- Trescientos quince, jota, diecisiete, barra dos.

EL OTRO.- Trescientos quince, jota, diecisiete, barra dos.

COMADRONA.- Un momento, no se retire.

EL OTRO.- Bien, espero.

EL UNO.- (**Impaciente, tras una pausa.**) Pero, ¿qué hace? ¿Qué pasa?

EL OTRO.- Estará buscando la ficha. (**Pausa.**)

COMADRONA.- ¿Fulano de tal?

EL OTRO.- Sí, sí, ése es.

COMADRONA.- ¡Pero si es un hombre!

EL OTRO.- Sí, bueno, un hombre, pero...

COMADRONA.- ¿Qué se ha creído, que aquí estamos para perder el tiempo?

EL OTRO.- Oiga, escuche...

COMADRONA.- Vergüenza debería darle.

EL OTRO.- Un momento, deje que le explique.

COMADRONA.- A su edad, y ponerse a gastar bromas.

EL OTRO.- ¡Que no es una broma!

COMADRONA.- Usted lo que es, es un desaprensivo.

EL OTRO.- ¡Quiere escucharme?

COMADRONA.- ¡Imbécil!

EL UNO.- ¿Se puede saber qué está pasando?

EL OTRO.- Ha colgado.

EL UNO.- ¿Cómo que ha colgado?

EL OTRO.- ¿Qué esperabas, pasar inadvertido como una parturienta más?

EL UNO.- Trae, que la llame yo.

EL OTRO.- Pues sí que lo vas a arreglar.

EL UNO.- Y... ¿qué hacemos? Algo habrá que hacer.

EL OTRO.- Te lo dije, teníamos que haber ido al hospital.

EL UNO.- ¿Y acabar en las garras de las revistas del corazón? Si hemos de ser noticia, al menos que aparezca en una publicación científica.

EL OTRO.- Deja de pensar en eso ahora.

EL UNO.- Además, podríamos caer en manos de un médico moralista que lo resolviera por la tremenda.

EL OTRO.- ¿Qué médico moralista? Te atendería yo.

EL UNO.- ¿Qué sabrás tú de partos?

EL OTRO.- Hombre, algo di en la facultad.

EL UNO.- Mira, déjate de historias y vuelve a llamarla.

EL OTRO.- (Mientras marca de nuevo.) A ver qué le cuento.

EL UNO.- Habla tú, no la dejes a ella. Y dile lo que habíamos pensado.

EL OTRO.- Tranquilo, tú déjame a mí.

COMADRONA.- Diga.

EL OTRO.- Es una mujer. La ficha está mal. Es la ficha. Hay un error en la ficha.

COMADRONA.- ¿Es usted quien llamó antes?

EL OTRO.- Sí, era yo.

COMADRONA.- ¿Y por qué no lo dijo?

EL OTRO.- Colgó sin darme tiempo.

COMADRONA.- Comprenda mi reacción.

EL OTRO.- Ya, ya, me hago cargo.

COMADRONA.- Pero es que, aunque pueda parecerle mentira, hay mucho bromista.

EL OTRO.- Puedo asegurarle que no soy ningún bromista.

COMADRONA.- ¿Y cuándo le toca?

EL OTRO.- Está fuera de cuenta.

COMADRONA.- ¿Cuánto?

EL OTRO.- Unos veinte días.

COMADRONA.- ¿Tuvo contracciones?

EL OTRO.- Sí, varias veces.

COMADRONA.- ¿Con regularidad?

EL OTRO.- Con cierta regularidad.

COMADRONA.- De acuerdo, voy para allá.

EL OTRO.- Bien, la esperamos.

COMADRONA.- Por cierto, la dirección es...

EL OTRO.- Sí, la que pone ahí, la dirección está bien, es sólo el nombre lo que está equivocado.

COMADRONA.- Salgo para allá en cuanto pasen a recogerme.

EL OTRO.- De acuerdo, hasta ahora.

EL UNO.- ¿Qué decía?

EL OTRO.- Que viene enseguida. En cuanto pasen a recogerla.

EL UNO.- Ya veremos cuándo llega.

EL OTRO.- (Irritado.) Vale, ¿eh? A ver si me vas a dar la noche.

EL UNO.- Te juro que no te entiendo. En fin, no sé, no era éste el ambiente que había imaginado para el nacimiento de nuestro hijo.

EL OTRO.- Por favor, no te comportes como una embarazada lastimera. Comprendo que hayas tenido antojos. Son cosas del cuerpo, apetencias; pero de ahí...

EL UNO.- ¡Antojos? ¡Yo, antojos?

EL OTRO.- No me lo irás a negar, si hasta he tenido que traerte pepinillos con mermelada en medio de un bombardeo.

EL UNO.- Una vez.

EL OTRO.- Sólo faltaba que hubiera sido a diario.

EL UNO.- Además, soy un embarazado. Y me revienta que hagas chistes fáciles sobre lo masculino y lo femenino.

EL OTRO.- Más me revienta a mí que te hagas el sufrido.

EL UNO.- Siento tenértelo que decir, pero no estás a la altura de la situación.

EL OTRO.- Puede que sea sin darte cuenta, pero te comportas como una madre abnegada.

EL UNO.- ¿Crees eso realmente?

EL OTRO.- ¡Hombre, te diré!

EL UNO.- Yo... sólo pretendía crear un clima de afecto. Ahora, para nada quería hacer una parodia de la vida en familia.

EL OTRO.- Tampoco hay que darle mayor importancia. Estamos nerviosos, eso es todo.

(Se escucha un trueno y rompe a llover.)

EL UNO.- Arrea, lo que nos faltaba. Ya veremos si no se retrasa con la tormenta.

EL OTRO.- (Pausa.) En cuanto a la comadrona, hubiera preferido llevarte al hospital. Sí, ya sé, la prensa. Aunque acuérdate, cuando te operé no se enteró nadie.

EL UNO.- Aquello era distinto. Un trasplante es más fácil que pase inadvertido. Pero ahora es que sales con un niño en los brazos.

EL OTRO.- Bueno, la hemos llamado, ¿no? Pues ya está. De todos modos, yo hubiera preferido traer a alguien vinculado al experimento.

EL UNO.- ¡Al experimento? Esto no es ningún experimento. Esto es mi hijo.

EL OTRO.- Y el mío.

EL UNO.- Pues quién lo diría. ¡El experimento!

EL OTRO.- Y si lo piensas, verás que para ellos también es su hijo.

EL UNO.- No me fío de los científicos; su objetivo es ampliar los límites de la naturaleza como quien engrandece un imperio.

EL OTRO.- ¡Tonterías! Da igual que sea en los libros, en la aventura o en el laboratorio; en el fondo, todos buscamos lo mismo.

EL UNO.- Por supuesto. Son modos de poseer, formas de tenerse uno a sí mismo. Nuestro hijo es nuestro anhelo.

EL OTRO.- Entonces, ¿qué problema hay?

EL UNO.- Pues que éste no es momento de metáforas. Estamos ante un hijo concreto.

EL OTRO.- A ver si vas a salirme ahora con que los viajes de Marco Polo son artificios verbales.

EL UNO.- Nadie ha dicho eso.

EL OTRO.- Cuando tú dialogas con Platón...

EL UNO.- Platón soy yo.

EL OTRO.- Vale, con Sócrates.

EL UNO.- También soy Sócrates.

EL OTRO.- Bueno, pues cuando dialogas contigo mismo. ¿Acaso tu pensamiento no nace de ti?

(Truenos, aunque más alejados.)

EL UNO.- Pero si lo entiendo, ¿cómo no lo voy a entender? Nuestra proyección es nuestro hijo. Pero no se trata de eso; de lo que se trata aquí y ahora, no es de parir hechos históricos, sino de crear un cuerpo sólido en el que las ideas tengan su residencia. Vamos, de preservar la vida para que no se escape el pensamiento. ¿Te figuras el mundo con la imaginación a la deriva?

EL OTRO.- Es otro modo de traslación, ¿o no?

EL UNO.- ¿Ves como no te enteras de nada? Confundes viaje con destino. Si hay alguien que avanza a ciegas por la vida, ése eres tú.

EL OTRO.- ¿Tú no?

EL UNO.- (Pausa.) Verás, yo concibo el mundo como un remanso de agua que se despeña por un precipicio. Ése es el viaje. Pues bien, sólo cuando el agua se amolda de nuevo al recipiente, se alcanza el equilibrio. Y ése es el destino.

EL OTRO.- En el fondo, lo que pasa es que eres un conservador.

EL UNO.- Sí, no hay más que verme: un conservador embarazado.

(Ambos ríen. Nuevamente se escucha un trueno, también en lejanía.)

EL OTRO.- Lo que hace falta es que todo salga bien.

EL UNO.- (Con optimismo voluntarista.) ¿Qué puede salir mal?

EL OTRO.- Nada. Espero incluso que podamos convencer a la comadrona para que nos guarde el secreto.

EL UNO.- No tiene por qué enterarse de nada. Yo, con no hablar...

EL OTRO.- ¿Qué decimos, que eres mudo?

EL UNO.- Bueno..., no, me quejaré.

EL OTRO.- También puedes pasarte el parto haciéndote la loca.

EL UNO.- Anda, calla, no me hagas reír.

(Nuevas explosiones de guerra, esta vez más próximas. EL UNO gritando.)

¡Ay! ¡Ay!

EL OTRO.- ¿Qué te pasa? ¿Te duele?

EL UNO.- El niño... ¡Ah!, que vuelve a las andadas.

EL OTRO.- Tranquilo, no te pongas nervioso.

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- Tú respira hondo para que se envíe en los placeres atmosféricos.

EL UNO.- Iss, uff. Iss, uff. Iss, uff.

EL OTRO.- Y aprieta, aprieta fuerte, que no tenga más remedio que darse por aludido.

EL UNO.- (Gritos de apretar.) ¡Iiiqgg! ¡Iiiqgg!

(Dos nuevas explosiones, muy próximas. Y una tercera, tan encima, que produce un gran estrépito en el vestíbulo del teatro. Golpes contundentes, rotura de cristales, gritos; se sumarán al sonido amplificado de la explosión. Fuerte olor a pólvora.)

EL OTRO.- ¡Joder!

EL UNO.- ¡Ay, mi madre!

EL OTRO.- Eso ha sido aquí mismo.

EL UNO.- Por un pelo. Pero que por un pelo.

EL OTRO.- Un poco más, y nos quedamos sin futuro.

VOCES.- (Próximas, aunque a distancia suficiente para que no se las entienda con claridad. Vienen a decir algo así:)
¿Había alguien dentro? / Tira, tira de ahí. / Salta por la ventana, a ver si se oye a alguien. / Cuidado con la viga, no sea que se nos venga encima.

(También se escuchan algunos ruidos producidos por el desescombro o el movimiento de vehículos, que continúan de fondo durante el transcurso de la escena.)

EL OTRO.- ¿Tú estás bien?

EL UNO.- Te diré. A punto de echar el corazón por la boca.

EL OTRO.- Pero, ¿te siguen los dolores?

EL UNO.- No, no sé, parece que no. Creo que no noto nada.

EL OTRO.- ¿No lo sientes?

EL UNO.- (Alarmado.) ¿Le habrá pasado algo?

EL OTRO.- Tranquilo, espera, deja que te ausculte.

EL UNO.- ¿Lo oyes?

EL OTRO.- Yo diría que está bien. Otra cosa es que con la impresión se lo esté pensando.

(Continúan las explosiones, ahora muy en lejanía, al tiempo que, gradualmente, se va recuperando la calma en las inmediaciones. Pasos, alguna sirena, voces lejanas.)

EL UNO.- Lo había imaginado de otra manera. Pensé que nacería mansamente, y no así, acosado por la muerte.

EL OTRO.- ¿Pues qué esperabas, viviendo como vivimos en pleno bombardeo?

EL UNO.- No sé, un alto el fuego, un armisticio. Vamos, que nos dieran un respiro.

EL OTRO.- Consuélate pensando que, según el cálculo de probabilidades, estamos a salvo por unos días.

(Ráfagas de ametralladora por la zona opuesta a la explosión.)

EL UNO.- ¿No has oído un coche?

EL OTRO.- No. No he oído nada.

EL UNO.- Puede que sea la comadrona.

EL OTRO.- Voy a ver. **(Se acerca a la ventana y la abre.)**
Vaya nohecita.

(Al abrir la ventana, arrecia el sonido de la lluvia. También se escucha un auto que pasa de largo sin detenerse.)

Ni que la hubieran pintado con carbón.

EL UNO.- ¿Quieres quitarte de la ventana?

EL OTRO.- En noches como ésta me crucé con la muerte en más de un campo de batalla.

EL UNO.- Y volverás a encontrártela si no dejas de exponerte sin necesidad.

(Vuelve a oírse el ruido de un coche con sirena, al tiempo que se escuchan algunos disparos.)

Mira que si es la comadrona...

EL OTRO.- Nadie dispara a los servicios médicos. Nunca se sabe cuándo se les puede necesitar. Otra cosa es que tenga dificultades para llegar, con lo que está cayendo.

(No deja de oírse cómo el auto continúa circulando por el vecindario, al tiempo que, esporádicamente, suena algún disparo.)

EL UNO.- Ahí pasa algo raro.

(El vehículo se detiene junto a la casa y deja de sonar la sirena. Se escuchan voces ininteligibles.)

EL OTRO.- Para mí que es una patrulla militar. **(Cierra la ventana.)**

EL UNO.- Ven aquí. Apártate de la ventana.

VOCES.- ¡Alto! ¡Alto o disparo!

(Disparos casi simultáneos.)

Corre, córtale el paso por la escalinata. / ¡Hijo de puta!

(Nueva ráfaga de disparos.)

Rápido, vosotros, subid. / Venga, arriba.

(Pasos a la carrera. Arranca el coche y, haciendo sonar la sirena, se aleja.)

EL OTRO.- El que sea ya puede espabilar.

EL UNO.- Debe ser angustioso sentirse cazado.

EL OTRO.- O no. Para muchos esto ya es una rutina.

EL UNO.- Hace años me cogieron en el centro de un fuego cruzado. Llegué a sudar sangre.

(Ya en la lejanía, los ruidos de la persecución se desvanecen. Y, salvo el rumor de la lluvia, se vuelve a recuperar el silencio. EL UNO para sí, entre dientes.)

¡Putra guerra! **(Se revuelve en la cama.)**

EL OTRO.- ¿Se puede saber qué haces?

EL UNO.- Estirar las sábanas, que está todo revuelto.

EL OTRO.- Quitá, deja, ya lo hago yo. **(Golpea los almohadones.)**

EL UNO.- Fue en una escaramuza así, ¿recuerdas?

EL OTRO.- Sí.

EL UNO.- Y lo más probable es que no fueran a por ella.

EL OTRO.- La guerra nunca es personal. ¿Te echo el edredón?

EL UNO.- No, estoy bien así.

EL OTRO.- Las balas no llevan tu nombre. Te alcanzan casualmente.

EL UNO.- En el fondo, todo es casual. He ahí otro modo de explicar el universo. Había mil calles, cien mil ventanas, un millón de balas y vino a morir precisamente aquí, debajo de la nuestra. No me digas que no fue casual.

EL OTRO.- Sí, lo fue.

EL UNO.- ¡El universo casual! Siempre me pareció una teoría casual en sí misma; y esto, quieras que no, le da un cierto toque de irrefutable. ¿O no? No sé. En fin, no tengo el cuerpo para aporías.

(Golpean la puerta con los nudillos.)

Han llamado, ¿no?

EL OTRO.- Sí, parece que sí.

(Golpean con más fuerza.)

Será la comadrona. ¿Ves?

EL UNO.- Tenías razón. Lo admito. Ha llegado a tiempo.

EL OTRO.- Ahora a ver cómo nos lo hacemos. Tú no hables. Puedes quejarte todo lo que quieras, pero procura no hablar. Yo lo haré por los dos.

EL UNO.- Abre, no la hagas esperar.

EL OTRO.- **(Se dirige a la puerta y la abre, tras correr varios cerrojos.)** Pase.

(Al abrirse la puerta, aumentan los ruidos de la calle: lluvia, viento, etc.)

EL EXTRA.- **(Respira jadeante.)** Vengo...

(Dice algo ininteligible. Su voz es ambigua, inquietante, inusual. El personaje será interpretado por una actriz con voz grave.)

EL OTRO.- Pase, pase rápido. No se quede ahí.

EL EXTRA.- Verá, yo...

EL OTRO.- (Cierra la puerta.) Menuda nochecita. **(Corre los cerrojos.)**

(Aminoran los ruidos de la calle.)

EL EXTRA.- ¿Cómo dice?

EL OTRO.- Que hace una noche de perros.

EL EXTRA.- No sé, no entiendo.

EL OTRO.- La noche, que... Bueno, es igual. Pero pase, pase, no se quede ahí.

EL EXTRA.- ¿Que pase?

EL OTRO.- Sí, está ahí adentro.

EL EXTRA.- ¿Quién está dentro?

EL OTRO.- Ella, ¿quién va a ser?

EL EXTRA.- (Tropieza.) ¡Ay!

EL OTRO.- ¡Cuidado!

EL EXTRA.- Es que no veo nada.

EL OTRO.- Venga, cójase a mí.

EL EXTRA.- Sí.

EL OTRO.- Oiga, está chorreando.

EL EXTRA.- Es que... llueve muchísimo.

EL OTRO.- Pero, ¿no ha venido en coche?

EL EXTRA.- No, no. He venido... andando. Vamos, corriendo.

EL OTRO.- ¡Ah! ¿Vive cerca?

EL EXTRA.- No precisamente. O bueno, sí; según se mire.

EL OTRO.- Traiga, quítese eso o cogerá una pulmonía.

EL EXTRA.- (**Tropeza de nuevo. Esta vez estrepitosamente.**) ¡¡Ay!!!

EL OTRO.- ¡Vaya por Dios, ya se cargó las petunias!

EL EXTRA.- Lo siento, creo que le he roto algo.

EL OTRO.- Mire, estése ahí mientras le traigo una toalla.

EL EXTRA.- No sabe cuánto lo lamento.

EL OTRO.- No tiene importancia, no se preocupe. (**Recogiendo con desenvoltura.**)

EL EXTRA.- ¿Cómo se las arregla para ver en la oscuridad?

EL OTRO.- La costumbre. Tenemos siempre la casa en orden y, bueno, que nos la sabemos de memoria. Ya sabe, como los ciegos. (**Le da la toalla.**) Tome, séquese.

EL EXTRA.- Gracias. (**Se frota con la toalla.**)

EL UNO.- ¡Uhm! ¡Uhm! (**Haciéndose notar con gritos nasales.**)

EL EXTRA.- ¿Es que hay alguien ahí?

EL OTRO.- Sí, claro, ella.

EL EXTRA.- ¿Ella...? (**Sin convicción.**) Ah, sí, claro, ella.

EL OTRO.- Querrá auscultarla, supongo. Debe la toalla si se ha secado ya, y le acerco a la cama.

EL EXTRA.- Tome.

EL OTRO.- Va bien todo. No creo que haya complicaciones.

EL EXTRA.- (**Desconcertado.**) Ya.

EL OTRO.- Cójase a mí y venga por aquí.

EL EXTRA.- Verá..., yo...

EL UNO.- ¡Uhm! ¡Uhm!

EL OTRO.- Aparta un poco la sábana. Y usted, traiga la mano.

EL EXTRA.- Tiene mucho vello, ¿no?

EL OTRO.- Sí..., es... muy peluda.

EL EXTRA.- ¡Oiga, esta mujer está embarazada!

EL OTRO.- Pues claro.

EL UNO.- ¡Uhm! ¡Uhm! ¡Uhm!

EL OTRO.- Pero bueno, ¿usted no es la comadrona?

EL EXTRA.- ¿Yo?

EL UNO.- ¡¡Uhm!! ¡¡Uhm!! ¡¡Uhm!!

EL OTRO.- ¡Quieres no gritar?

EL EXTRA.- ¿Qué le pasa? ¿No estará de parto?

EL OTRO.- Pues sí, precisamente.

EL EXTRA.- Ah, disculpen. Ya veo que he llegado en un mal momento. Lamento haberles importunado.

EL OTRO.- Pero bueno, ¿usted quién es?

EL EXTRA.- ¿Quién, yo?

EL OTRO.- Sí, claro, usted.

EL EXTRA.- Bueno..., verá..., yo...

EL OTRO.- ¿No sabe quién es?

EL EXTRA.- Sí, por supuesto; cómo no lo voy a saber. Lo que pasa es que...

EL OTRO.- ¿Y qué quiere, eh? ¿A qué ha venido?

EL EXTRA.- Me persiguen. No sé por qué, pero todo el mundo dispara sobre mí.

EL OTRO.- ¿No será del servicio secreto enemigo?

EL EXTRA.- No, por Dios, qué cosas se le ocurren.

EL OTRO.- Mire, explíquese o llamo a la patrulla.

EL EXTRA.- No, por favor, yo le digo. Lo que pasa es que es difícil de explicar. Verá...

EL OTRO.- Conteste y no se ande con rodeos.

EL EXTRA.- Yo..., yo..., yo...

EL OTRO.- De acuerdo. **(Coge el teléfono y empieza a marcar.)** Usted lo ha querido.

EL EXTRA.- Es que no soy de aquí.

EL OTRO.- O sea, lo que yo decía: nos está espiondo.

EL EXTRA.- Para nada, se lo juro, no soy nada curioso.

EL OTRO.- Vamos, que es usted un agente extranjero.

EL EXTRA.- ¡Ah, no, no! O... bueno, sí. Pero no como usted piensa.

EL OTRO.- Se acabó. **(Continúa marcando.)** Ya está bien de contemplaciones.

EL EXTRA.- De acuerdo, no llame; se lo diré.

EL OTRO.- **(Tras una pausa.)** Bien, hable, ¿a qué espera?

EL EXTRA.- Yo..., yo... En fin: soy un extraterrestre.

EL UNO.- ¡¡Uhm!!

EL OTRO.- ¿Cómo dice?

EL EXTRA.- Sí, un extraterrestre.

EL OTRO.- ¿Se está burlando?

EL EXTRA.- ¡Oh, no! En absoluto.

EL OTRO.- Pero, ¿cómo un extraterrestre?

EL EXTRA.- Sí, de otro planeta.

EL OTRO.- Sé perfectamente lo que es un extraterrestre.

EL EXTRA.- Ah, perdone, yo...

EL OTRO.- Pero es que es el colmo: se mete en mi casa haciéndose pasar por la comadrona y encima tiene la desfachatez...

EL EXTRA.- Ah, eso sí que no. Yo no me he hecho pasar por nadie. Entré aquí... huyendo. Mire, no tengo ni idea de lo que está pasando. Sólo sé que todo el mundo dispara sobre mí.

EL UNO.- (Enérgico.) ¡Échalo! ¡Échalo a la calle inmediatamente!

EL EXTRA.- ¡Oiga... pero esa señora..., esa señora es un hombre!

EL OTRO.- ¡Sí, qué pasa?

EL EXTRA.- (Cortado.) No, nada, nada.

EL UNO.- ¡Que se vaya! O mejor, enciérralo, no sea que cuente lo que ha visto.

EL EXTRA.- ¿Yo? Yo no he visto nada. Además, ¿qué quiere que vea, si no hay luz?

EL UNO.- No se haga el gracioso, ¿eh?

EL EXTRA.- De verdad, no tengan cuidado. Por mí no se preocupen...

EL OTRO.- Sí, tienes razón, mejor lo ato en el desván, no sea que dé la voz de alarma.

EL EXTRA.- Pero, ¿qué voz de alarma voy a dar?, si cada vez que asomo la cabeza se lían a tiros conmigo.

EL OTRO.- O sea, ¿que era a usted a quien perseguían?

EL EXTRA.- Ya se lo estoy diciendo. Desde que puse el pie en la playa, todo el mundo dispara sobre mí. No sé qué es lo que quieren.

EL OTRO.- Pues está muy claro. Matarlo.

EL EXTRA.- ¿Pero, por qué? Yo no les he hecho nada.

EL OTRO.- Hace más de dos horas que sonó el toque de queda. Así que habrán creído que es un francotirador.

EL EXTRA.- ¿Quién, yo? Pero si yo no he pegado un tiro en toda mi vida.

EL UNO.- Regístralo, no sea que vaya armado.

EL EXTRA.- Oiga, pero ¿por quién me toma? Yo soy un ser civilizado.

EL OTRO.- Venga aquí, que le cachee.

EL UNO.- (Comienza a quejarse de contracciones.) ¡Ah!
¡Ah...! ¡Ay!

EL EXTRA.- No, ji, ji, ji.

EL UNO.- ¡Ah!

EL EXTRA.- Ji, ji, ji. No me haga cosquillas.

EL UNO.- ¡Ah!

EL OTRO.- Conque extraterrestre, ¿eh? Usted es como nosotros.

EL EXTRA.- (Muy ofendido.) Pues claro, ¿qué se había creído, que era verde y con orejas de trompetilla?

EL OTRO.- (Cortado.) No sé.

EL EXTRA.- Y tanto que soy como ustedes.

EL UNO.- ¡¡Ah!! ¡¡Ah!!

EL OTRO.- ¿Quieres callar un momento?

EL UNO.- Es que me duele.

EL OTRO.- Bueno, pues respira hondo, mientras veo qué hago con éste.

EL EXTRA.- Ah, no, no. Usted a lo suyo. Por mí no se distraigan.

EL UNO.- Iss, uff. Iss, uff.

EL OTRO.- Y, ¿se puede saber qué es lo que hacía en la playa?

EL EXTRA.- Tuve un accidente y caí al agua. Un amerizaje.

EL OTRO.- Ya.

EL UNO.- Iss, uff. Iss, uff. Iss, uff.

EL EXTRA.- Se averiaron los impulsores del transportador; un problema de magnetos. Y tampoco funcionó el estabilizador de emergencia. Total...

EL OTRO.- (Enérgico.) Pero bueno, ¿es que va a seguir tomándonos el pelo?

EL EXTRA.- (Tímido.) ...un desastre.

EL UNO.- (Lastimero.) Átalo. Átalo de una vez, y no le des más conversación.

EL EXTRA.- (Sin saber qué hacer para convencerles.)
¡Soy un extraterrestre! Preferiría ser un espía o un francotirador; algo lógico para ustedes. Pero, qué quiere, soy un extraterrestre. Lo soy.

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- No grites, que es peor. Y respira, respira hondo.

EL UNO.- (Sin convicción.) Iss, uff. Iss, uff.

EL OTRO.- O sea que pretende hacernos creer que ha venido de otro planeta.

EL EXTRA.- No sé qué puedo hacer para demostrárselo.

EL OTRO.- Nada, no pienso creerle ni aunque me lo demuestre.

EL UNO.- Iss, uff. Iss, uff. **(Desconsolado.)** Mira, enciérralo en el desván y vente aquí conmigo; que es que me duele muchísimo.

EL OTRO.- Aguanta un poco. No es momento ahora de que te pongas lastimero.

EL UNO.- Me duele.

EL OTRO.- No nos puede pasar una cosa así. No en este momento. Me niego. No es posible.

EL EXTRA.- Vamos, que tiene usted aquí a un hombre embarazado, y se extraña de que yo sea un extraterrestre.

EL OTRO.- No es lo mismo.

EL EXTRA.- Por supuesto que no es lo mismo.

EL UNO.- Por favor, deja al extraterrestre ése, o lo que sea, y vente conmigo, que esto va en serio.

EL OTRO.- Espera un momento, a ver que me aclare.

EL UNO.- ¡No puedo! ¡Ay, ay, ay!

EL OTRO.- También la coincidencia... Venga, ya estoy aquí. Anda, respira hondo.

EL UNO.- ¡Aaaaaah!

EL EXTRA.- Señora, ¿puedo hacer algo por usted?

EL OTRO.- ¡No es una señora, es un hombre!

EL EXTRA.- Disculpe, no sabía cómo dirigirme.

EL UNO.- Iss, uff. Iss, uff.

EL EXTRA.- Diga, ¿puedo ayudarle en algo?

EL OTRO.- No. No puede.

EL EXTRA.- No era mi intención molestar. Sólo quería echar una mano.

EL OTRO.- Pues no puede. Lo que tiene que hacer, tiene que hacerlo solo.

EL UNO.- Iss, uff. Iss, uff.

EL OTRO.- Y tú sigue así. Iss, uff. Iss, uff.

(Los dos al unísono.)

EL UNO.- Ya, ya. **(Suspirando.)** ¡Ay! Señor, qué alivio. Ya parece que se va calmando.

EL OTRO.- Venga, no pares ahora, respira hondo y sigue apretando.

EL UNO.- Ya..., ya pasó.

EL OTRO.- Bueno, tranquilo. Y descansa. Relájate y descansa.

EL EXTRA.- (Titubeante.) No saben lo que lamento haber venido en un momento así. **(Pausa.)** La verdad es que no sé qué hacer. Si quieren, me marchó; ahora, si se van a quedar más tranquilos, pueden encerrarme en el desván.

EL UNO.- (Con la voz muy débil.) ¿Realmente es usted lo que dice ser?

EL EXTRA.- No gano nada con mentirles. Es más, si supiera, ya lo habría hecho; aunque sólo fuera para evitarme problemas. Pero, qué quieren, los extraterrestres no sabemos mentir. Tenemos esa limitación.

EL UNO.- Mira que si resulta que es verdad...

EL OTRO.- Por favor, no te dejes embaucar.

EL UNO.- Bueno, otras gentes los ven, ¿por qué no nosotros?

EL OTRO.- Pues porque sólo los ven los «piraos». Y nosotros estamos en nuestro sano juicio. Además, los extraterrestres no existen.

EL EXTRA.- ¿Ah, no? ¿Entonces, yo qué soy?

EL OTRO.- Eso es justamente lo que quiero que me explique.

EL EXTRA.- Lo haría, si pudiera.

EL OTRO.- Pero no puede, ¡claro!

EL EXTRA.- Tampoco está usted en la mejor disposición...

EL OTRO.- Eso puede jurarlo.

EL UNO.- Explíquemelo a mí. Yo no tengo inconveniente en dejarme convencer.

EL EXTRA.- Verá...

EL UNO.- Siempre que me lo demuestre, claro.

EL EXTRA.- Lo siento, pero no sé cómo podría demostrárselo.

EL OTRO.- ¿Ves?

EL EXTRA.- Soy lo que soy. ¿Cómo puede uno demostrar que es quien es?

EL UNO.- Tendrá algún artilugio sofisticado, algún ingenio tecnológico que desconozcamos por aquí.

EL EXTRA.- Perdí el equipo en el amerizaje.

EL OTRO.- (Sarcástico.) No me diga que no tiene ningún artefacto con el que impresionarnos.

EL UNO.- ¿Y algún poder especial?

EL EXTRA.- Lamento decepcionarlos, pero somos como ustedes. Menos agresivos, eso sí; pero, por lo demás, no creo que haya ninguna diferencia.

EL OTRO.- ¿Te convences? Es un enemigo.

EL EXTRA.- Y dale.

EL UNO.- No te obstines. Si lo fuera, ya nos habría atacado.

EL OTRO.- Pues un majara.

EL UNO.- Tranquilízate. Vamos a ver. Para empezar, ¿de dónde viene usted?

EL EXTRA.- De la playa.

EL UNO.- Digo que de dónde es, porque eso de que es un extraterrestre no aclara gran cosa.

EL EXTRA.- De Espérides, un planeta del Sistema Interlar, de la Galaxia Áurea.

EL OTRO.- Mire, no se quede conmigo.

EL EXTRA.- Me ha pedido la dirección, ¿no? Nosotros lo llamamos así, tal vez ustedes le den otro nombre.

EL OTRO.- ¿Pero no te das cuenta? Parece salido de un cómic.

EL EXTRA.- Ya veo que es imposible. En fin, hagan conmigo lo que quieran. **(Algo histérico.)** Mátenme, entréguenme; lo que quieran.

EL UNO.- No perdamos la calma. Y usted comprenda que es difícil de creer. No existe constancia de que haya vida en otros planetas y aparece así, tal cual, como si fuera uno de nosotros, diciendo que viene de vaya usted a saber dónde.

EL EXTRA.- No, pero si lo entiendo. Es una reacción de lo más normal. Igual pasó en Espérides. Bueno, es lo que cuentan, que yo no había nacido. Por lo visto, cuando empezaron a llegar de otras galaxias, dicen que...

EL UNO.- ¿Es que hay gente en más sitios?

EL EXTRA.- Hombre, claro. ¿No creerán que somos los únicos? Mire, la suya es una actitud provinciana. Falta de mundo.

EL OTRO.- Sin ofender, ¿eh?

EL EXTRA.- Vamos a ver. Cómo se lo explicaría... Verá: ¿qué enfermedades padecen con más frecuencia?

EL UNO.- ¿Enfermedades? El cólera, el sida, la tuberculosis... hay muchas. ¿Por?

EL EXTRA.- Es que es muy parecido. Imaginen un virus de sida en el cuerpo de un vecino de Detroit. ¿Creen que es consciente de que hay virus iguales a él en el cuerpo de un vecino de Copenhague?

EL UNO.- No, supongo que no.

EL EXTRA.- Pues no crea que hay mucha diferencia entre ellos y nosotros.

EL UNO.- Oye, eso tiene mucho sentido.

EL OTRO.- Precioso, le ha quedado precioso. Pero mira, ahora no podemos ocuparnos de la Guerra de las Galaxias a nivel microbiano. Así que, extraterrestre o no, hay que decidir qué hacemos con él.

EL UNO.- A mí no me parece peligroso.

EL EXTRA.- Lo que ustedes quieran, ¿eh? Yo por mí...

EL OTRO.- ¿Lo atamos?

EL UNO.- No creo que sea necesario. Además, si es cierto lo que dice, sería una descortesía.

EL OTRO.- A ver si va a resultar que te ha convencido.

EL UNO.- Pues mira, no sé qué pensar.

EL OTRO.- ¡Increíble! ¡Te ha convencido!

EL UNO.- (Al EXTRA.) Y usted, espero que comprenda; es un momento muy especial y estamos algo alterados.

EL EXTRA.- Ya, claro. Me hago cargo.

EL OTRO.- (Hablando para sí.) ¡Esto es el colmo!

EL UNO.- Tal vez sea una señal del cielo por el nacimiento de nuestro hijo.

EL OTRO.- Por favor, no desvaríes.

EL EXTRA.- Ah, no, no. En absoluto. Si se está imaginando que soy un ángel anunciador, se equivoca.

EL UNO.- Si usted lo dice... Ahora, a mí no me parece tan descabellado. Es más, incluso aceptando que sea una casualidad, su llegada tiene un carácter, digamos, excepcional.

EL OTRO.- Lo que me faltaba por oír.

EL EXTRA.- Excepcional, sí. Claro que tampoco lo que está ocurriendo aquí se ve todos los días.

EL OTRO.- ¡Qué barbaridad!

EL EXTRA.- Aun así, yo no sacaré conclusiones.

EL UNO.- Pero usted ha contactado con nosotros.

EL EXTRA.- No exactamente. Digamos..., que pasaba por aquí. Mire, yo no venía a contactar con nadie. Es más, ni siquiera venía al Sistema Solar. Lo que pasa es que detecté un fallo en los magnetos de impulsión y me acerqué a Ganímedes para reparar la avería.

EL OTRO.- ¿Adónde?

EL EXTRA.- A Ganímedes; está ahí al lado, a las afueras de Júpiter. Creí que lo conocían.

EL OTRO.- (Sarcástico.) Pues no. Salimos poco.

EL EXTRA.- (Sin molestarse.) Hace tiempo que abrieron allí una base. Bueno, un taller de reparaciones. El caso es que lo estuvieron mirando y no encontraron nada. Pero ya ven, tuve que amerizar de mala manera.

(Explosiones lejanas.)

EL OTRO.- Resumiendo: que no ha venido a contactar.

EL EXTRA.- La verdad es que no.

EL OTRO.- Pues no sabe lo que me tranquiliza.

EL EXTRA.- Y créanme que lo siento, porque ya veo que aquí, a su amigo, le hacía ilusión.

EL UNO.- De todas formas, el que nos visite un extraterrestre el día que va a nacer nuestro hijo, para mí que eso debe tener algún significado.

EL EXTRA.- Todo tiene un significado. Sobre todo si uno quiere dárselo.

EL OTRO.- Celebro que, al menos usted, no se lo quiera dar.

EL EXTRA.- Oh, sí, ¿por qué no? Para mí también lo tiene. Para mí significa que tendré que atrasar mis esponsales.

EL UNO.- ¿Iba a casarse?

EL EXTRA.- Pues sí. De hecho, la expedición tenía ese objetivo. Localizar un planeta en el que fundar una colonia.

EL OTRO.- (Sarcástico.) Vamos, que había salido a buscar piso.

EL EXTRA.- Podría decirse así.

EL UNO.- Y, ¿qué? ¿Qué le parece el nuestro?

EL EXTRA.- No muy hospitalario, a juzgar por el recibimiento. **(Puntualiza con prontitud.)** Y no me refiero a ustedes, su reacción es de lo más comprensible. Pero es que no vean la carrera que me han dado.

EL UNO.- No crea que es nada personal. Estamos en guerra, y hay que respetar el toque de queda.

EL EXTRA.- ¿En guerra? ¿Qué guerra? Yo conozco muy bien la historia de ustedes; la estudié en segundo.

EL OTRO.- (Sin tomarlo en serio.) Pues no sabría qué decirle. Al principio, creímos que era la de los seis días; pero, a estas alturas, estoy por asegurar que se trata de la guerra de los cien años.

EL UNO.- No le haga caso, es una guerra endémica. Le cambian el nombre por los periódicos, para que sea noticia, pero es siempre la misma.

EL OTRO.- Mire, el nombre es lo de menos; lo importante en las guerras es que no te den.

EL UNO.- (Tras una pausa, rompe el silencio con tono de visita.) Y, si no es indiscreción: ¿ahora, qué piensa hacer?

EL EXTRA.- No sé, no lo he pensado. De momento, descansar. Si es que no molesto, claro; no quisiera importunarles.

EL UNO.- Considérese como en su casa.

EL OTRO.- ¡Je! Creía que lo había visto todo y mira, esto me faltaba: tenemos un huésped extraterrestre.

(Explosiones.)

EL EXTRA.- La verdad es que después de haber perdido el contacto con la expedición, no sé qué puedo hacer.

EL OTRO.- (Con ironía.) ¿No tiene un intercomunicador telepático?

EL EXTRA.- Se lo dije, perdí el equipo en alta mar.

EL OTRO.- ¡No me diga que ha perdido la telepatía! Oiga, mírese, no sea que también se le haya caído el sentido común.

EL EXTRA.- Lo que sí tengo es un señalizador. (Al tiempo que traza círculos desplazando el punto rojo por techo y paredes.)

EL OTRO.- No me joda, eso es un láser de bolígrafo que cualquiera puede comprar en un decomiso por menos de cinco mil pesetas.

EL UNO.- Déjate ya de sandeces.

EL EXTRA.- Ah, perdone, no sabía que tuvieran ustedes.

EL UNO.- (AI EXTRA.) Pues lo tiene usted crudo.

EL EXTRA.- Había oído hablar de situaciones así, pero nunca pensé que me pudiera ocurrir a mí.

EL OTRO.- Hay una serie de televisión en la que a un muñeco de peluche, Alf creo que se llama, le pasa algo parecido. Si la reponen, debería verla.

EL UNO.- No seas borde. Compórtate. (AI EXTRA.) Y usted no le haga caso, él es así.

EL OTRO.- ¿Se puede saber cómo soy?

EL UNO.- Un grosero.

EL OTRO.- Encima.

EL UNO.- Verá, por nosotros no se preocupe, puede quedarse el tiempo que quiera.

EL EXTRA.- No sabe cómo se lo agradezco. Me aterraba la idea de volver a la calle.

EL UNO.- De todos modos, algo tendrá que hacer. Aunque lo más probable es que vengan a buscarle en cuanto le echen en falta.

EL EXTRA.- No sé, no creo. Ya les dije que iba a fundar una colonia. Vamos, que no tenía previsto regresar.

EL OTRO.- (Interesado.) ¿Un viaje sin retorno?

EL EXTRA.- En cierta forma.

EL OTRO.- Pero eso es apasionante.

EL EXTRA.- No le digo que no, aunque para mí, como forma parte de mi trabajo...

EL OTRO.- ¿De su trabajo?

EL EXTRA.- Sí, mi empleo es de explorador.

EL OTRO.- (Gratamente sorprendido.) ¿Pero cómo no lo dijo antes? Yo también soy explorador.

EL EXTRA.- ¿Usted?

EL OTRO.- Sí, hombre, yo soy Marco Polo, y Armstrong, y Magallanes.

EL EXTRA.- No me diga.

EL OTRO.- Es más, en cuanto nos echemos al agua, que esto, aunque parezca una casa, en realidad es una carabela, me convertiré en Cristóbal Colón.

EL EXTRA.- ¿Cristóbal Colón?

EL OTRO.- El mismo.

EL EXTRA.- ¿El del huevo?

EL OTRO.- ¿Cómo el del huevo?

EL EXTRA.- (**Entusiasmado.**) Sí, que fue el primero que puso un huevo quieto y de pie.

EL OTRO.- (**Contrariado.**) Eso pertenece a la leyenda negra. Infundios de los ingleses, que siempre han procurado hacerme de menos.

EL EXTRA.- Pero yo lo he hecho. En clase lo hacíamos. «El experimento del huevo de Colón». Es lo primero que te enseñan en preescolar.

EL OTRO.- Mire, mis hazañas se estudian en el grado superior.

EL EXTRA.- Oiga, no sabe cuánto me alegra haberle conocido.

EL OTRO.- Además, no me dedico a domesticar huevos.

EL EXTRA.- De verdad, es un honor.

EL OTRO.- (**Airado.**) El mundo anglosajón, con esa burda patraña, lo que pretende es desviar la atención para que la humanidad no repare en lo intrépido de mi gesta; y así, ya de paso, favorecer a Américo Vespucio. Como comprenderá, a mí eso me tiene sin cuidado, yo también soy Américo Vespucio. Lo que me molesta es el detalle. Y no es nada personal, lo sé. En el fondo, son disputas reales, rencillas de familias coronadas; pero, ¿qué quiere?, a mí, me jode.

EL EXTRA.- Ya veo que le contraría, pero créame: lo del huevo no le desmerece.

EL OTRO.- ¡Cómo va a comparar?

EL EXTRA.- Pues, mire por dónde, la estabilidad del huevo fue lo que despertó en mí la vocación de explorador.

EL OTRO.- No veo la relación.

EL EXTRA.- Sí, la estabilidad de lo inestable. Ésa es la razón que nos empuja a la aventura. Y usted, con un solo golpe de huevo, supo plasmar el espíritu viajero con que los seres vivos nos agitamos por el universo. Porque, no nos engañemos: si nos pasamos la vida de un lado para otro es buscando el lugar donde quedarnos quietos; que, a fin de cuentas, ser feliz es ser inmóvil. Y de eso se trata: de acomodar el instinto de traslación. ¡El equilibrio del huevo!

EL UNO.- Escucha, escucha. Está diciendo lo mismo que yo, sólo que con otras palabras. El equilibrio del huevo es como la tendencia de las cascadas a convertirse en remanso.

EL OTRO.- Sí, pero no. A mí, en realidad, lo que me interesa no es descubrir América, sino el viaje. ¿No lo entiende? A mí lo que me interesa es navegar.

EL EXTRA.- Precisamente. ¿Puede imaginar algo más inmóvil que un barco navegando por la mar oceánica? Bueno, sí, quizás una nave espacial desplazándose a la velocidad de la luz. El huevo sólo alcanza el equilibrio cuando su velocidad se acomoda al movimiento universal. Eso es la quietud.

EL OTRO.- (**Impresionado.**) Por lo que veo, usted no sólo maneja la espada, sino que también sabe de libros.

EL EXTRA.- Sí, claro, forma parte de nuestra preparación. El libro y la espada, como usted dice, son nuestro equipaje.

EL UNO.- Claro, han de llevar consigo todo el conocimiento.

EL EXTRA.- No tanto el conocimiento como la acción y el pensamiento en estado embrionario. Ya sabe, los instintos; vamos, lo imprescindible para preservar la vida.

EL UNO.- ¿Has oído eso? Preservar la vida.

EL EXTRA.- Lástima que, junto a la vida, llevemos también la muerte.

EL OTRO.- Lógico, forma parte del juego.

EL EXTRA.- No me refiero a nuestra muerte sino a la del planeta que se coloniza.

EL OTRO.- Ahora sí que no le sigo.

EL EXTRA.- Cuando nos desplazamos por el Universo, actuamos como un virus. En cierta forma, mi expedición podría considerarse un intento de contagio. Verá, el proceso es muy similar: se llega a un territorio virgen y, para instalarse en él, es preciso dominarlo, anular sus defensas; y así, al tiempo que lo hacemos habitable, lo destruimos. ¿No es eso lo que hace el virus cuando invade un organismo?

EL OTRO.- No, claro, visto así...

EL EXTRA.- Lo sensato sería lograr un equilibrio, pero se ve que no es posible. De ahí que haya que lanzar nuevas expediciones. Vamos, buscar otros planetas. Y ése es mi trabajo.

(Explosiones.)

EL OTRO.- Pero eso es apasionante. No sabe cómo le envidio.

EL EXTRA.- Claro que también se corre el riesgo de caer en un planeta moribundo, como me ha ocurrido a mí.

EL OTRO.- (Perplejo.) ¿Éste es un planeta moribundo?

EL EXTRA.- Juzguen ustedes mismos. De hecho, ya se están preparando para trasladar su instinto a otros lugares. Antes me dijo que había sido astronauta, ¿no?

EL OTRO.- Sí, claro, Armstrong, y Terechkova, y Gagarin.

EL UNO.- O sea, que según usted vamos por el universo como los virus por la humanidad.

EL OTRO.- ¿Quiere decir que no avanzamos descubriendo nuevas tierras, sino que huimos del territorio que vamos arrasando?

EL EXTRA.- ¿Y qué diferencia hay? En realidad es algo instintivo: igual que comemos o respiramos para subsistir como individuos, lo mismo nos reproducimos y nos desplazamos para evitar que se extinga la Santísima Trinidad.

EL OTRO.- A ver, a ver, repita eso.

EL UNO.- ¿La Santísima Trinidad?

EL EXTRA.- O la Humanidad; llámenlo como quieran.

EL UNO.- ¿Se refiere al misterio de la Santísima Trinidad? ¿Al del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

EL EXTRA.- ¿A qué Santísima Trinidad me voy a referir?

EL UNO.- Pero eso es un misterio.

EL EXTRA.- Lo que es un misterio es cómo han hecho ustedes para conseguir que eso sea un misterio.

EL UNO.- ¿No lo es?

EL EXTRA.- Por supuesto que no. Yo diría más bien que es una explicación. O mejor, la fórmula que nos representa; igual que el H₂O representa al agua.

EL UNO.- Lo será, pero si no se explica...

EL EXTRA.- Pero si es muy fácil. El Padre es la imagen del pasado, mientras que el Hijo lo es del futuro; ambos representan la sucesión de los cuerpos. El Espíritu Santo, en cambio, es la sabiduría que se transmite a través de las mentes. Prescindan del tiempo, que no es más que una convención, y tendrán la fórmula de la Humanidad.

EL OTRO.- Tiene su lógica, ¿no?

EL EXTRA.- ¿Qué creían, que la Santísima Trinidad era una paloma volando sobre dos señores con barba sentados en una nube? Las artes plásticas le han hecho mucho daño al mundo de las ideas.

EL UNO.- (**Excitado.**) Te lo dije, el cuerpo es el soporte del espíritu, y juntos justifican y mantienen la Idea Absoluta a través de la Historia.

EL EXTRA.- ¿Hegel? No me diga que usted es Hegel.

EL UNO.- Sí, bueno. Ahora, lo que ha dicho de la Santísima Trinidad, no es que lo discuta, no; parece verosímil. Pero, qué quiere, me ha dejado un poco frustrado.

EL EXTRA.- ¿Y eso?

EL UNO.- Tenga en cuenta que yo también soy Aurelius Agustinus.

EL EXTRA.- ¿San Agustín?

EL UNO.- Sí, aunque prefiero usar el nombre terrenal. Bueno, el caso es que verá lo que me pasó. Estaba dando un paseo por la orilla del mar cuando pasé junto a un ángel con apariencia de niño. Iba yo dándole vueltas precisamente a esto de la Santísima Trinidad. Y, por distraerme un poco, me puse a mirar al niño que, con una concha, echaba agua en un hoyo que había cavado en la arena. «¿Qué haces?», le pregunté. «Quiero meter aquí toda esa agua», me contestó, señalándome el océano. «Pero, ¿no ves que eso es imposible?». Y como si lo tuviera preparado de antemano, sentenció: «Tan imposible como que tú consigas abarcar con tu mente el misterio de la Santísima Trinidad». Oiga, que me lió. Ahora que usted lo explica, me doy cuenta de la trampa: Me distrajo con el hoyito para que no reparara en que formamos parte de un todo. Y es que no hay que meter el agua en ningún hoyo porque ya lo está. El océano es justamente eso: un gran hoyo de arena lleno de agua. O lo que es lo mismo, mi mente no tiene por qué desentrañar misterio alguno; mi mente forma parte del misterio. Pero cómo son los ángeles, ¡qué jodíos!

EL EXTRA.- Sí, no se puede uno fiar. No es que sean mala gente, todo lo contrario. Pero como son espíritus disipados; vamos, que carecen de soporte corporal, pues claro, sus intereses son otros.

EL OTRO.- (Molesto por haber quedado al margen de la conversación.) Oye...

EL UNO.- ¿Sí?

EL OTRO.- ...¿tú eres consciente de que estás de parto?

EL UNO.- Sí, claro.

EL OTRO.- Por mí, como comprenderás, como si te quieres pasar toda la noche de cháchara. Pero vamos, para que lo sepas, llevas más de quince minutos sin hacer un esfuerzo.

EL UNO.- Es que es tan interesante todo lo que cuenta...

EL OTRO.- Ya, pero no es momento para divagarse.

EL UNO.- Tienes toda la razón.

EL EXTRA.- Fue culpa mía, que le distraje. Si quieren, puedo pasar a otra habitación.

EL OTRO.- No me interprete mal. También a mí me parece interesante. Lo que fastidia es la coincidencia. Pero, ya le digo, interesantísimo. Y, por supuesto, no tiene por qué marcharse.

EL UNO.- Sí, claro, quédese. Siempre podrá echar una mano.

EL EXTRA.- Les advierto que soy de letras.

EL OTRO.- ¿No es usted científico?

EL EXTRA.- En absoluto.

EL OTRO.- Pero usted es astronauta.

EL EXTRA.- Eso no quiere decir nada, allí todo el mundo tiene carné de conducir. En cualquier caso, cuenten conmigo para lo que sea.

EL OTRO.- Se agradece, pero esto es algo que tienen que hacer ellos, a base de empujar y abrirse camino.

EL UNO.- Lo que cuesta. Y eso que apenas tiene que desplazarse unos centímetros.

EL EXTRA.- Su primer viaje.

EL OTRO.- Cierto, su primer viaje, no había caído.

EL EXTRA.- El más corto y, probablemente, el más largo. Unos centímetros que equivalen a cambiar de galaxia.

EL UNO.- ¡Vaya por Dios!, ha sido mentarlo y ya empieza de nuevo a calentar motores.

EL OTRO.- ¿Te duele?

EL UNO.- Sí..., sí... ¡Ah! ¡Ah!, y esta vez... ¡Ah! Esta vez va en serio.

EL OTRO.- A ver si es verdad que se decide.

EL UNO.- (Respira aparatosamente.) Iss, uff. Iss, uff. ¡Ah! **(Y aprieta con fuerza.)** ¡Aaaaaaah! No sé, creo que he roto aguas.

EL OTRO.- Oye, que es verdad, esto está chorreando.

EL UNO.- (Maltrecho.) ¿Y por qué iba a mentirte?

EL EXTRA.- ¿Puedo hacer algo?

EL OTRO.- Sí, acérqueme unas toallas. Están ahí, a su espalda.

EL EXTRA.- Enseguida. **(Cae con gran estrépito.)**

EL OTRO.- Va a ser mejor que se esté quieto, o acabará abriéndose la crisma.

EL EXTRA.- (Levantándose dolorido.) ¡Ay! Lo siento. ¡Ay!

(Se escucha cómo silba un misil sobre sus cabezas, seguido de una explosión a cierta distancia.)

EL OTRO.- ¿Qué te dije del cálculo de probabilidades?

EL UNO.- Te juro que en este momento no me importaría que nos diesen de lleno.

EL EXTRA.- Debe ser muy duro, ¿no?

EL UNO.- ¡Duro?

EL OTRO.- Deja que te seque y aprieta. No dejes de apretar.

EL EXTRA.- (Tras una pausa.) Perdona si es indiscreción, pero, ¿desde cuándo dan a luz los hombres?

EL OTRO.- Desde nunca. **(Pausa.)** Vamos, que se sepa.

EL UNO.- (Interrumpe las respiraciones para hablar, jadeando y bromeando a un tiempo.) Sí, soy el primer padre que va a ser madre. **(Y respira.)** Iss, uff. Iss, uff.

EL EXTRA.- ¿Quiere decir...?

EL OTRO.- Como lo oye.

EL EXTRA.- Oiga, esto es un gran acontecimiento. Por supuesto que todo parto lo es, pero esto es algo muy especial.

EL OTRO.- Nosotros, sin embargo, quisiéramos vivirlo como algo normal.

EL EXTRA.- Vamos, que pasarán ustedes a la Historia.

EL UNO.- ¡Oh, no! No nos mueve ningún afán de notoriedad. Es más, preferiríamos pasar inadvertidos.

EL EXTRA.- Entiendo, podría traerles complicaciones. Ahora, conmigo no tienen por qué temer, yo siempre apoyé las reivindicaciones de los homosexuales.

EL OTRO.- ¿Homosexuales? Se equivoca. Nosotros no somos homosexuales.

EL EXTRA.- Ah, ¿no?

EL OTRO.- Para nada. Sólo somos dos hombres que han decidido tener un hijo, al margen de la sexualidad.

EL EXTRA.- Fíjense, pues yo había creído... Espero no haberles molestado.

EL UNO.- Descuide. Estamos por encima de esos prejuicios.

EL OTRO.- No digo que en un futuro, y a partir de esta experiencia, no se hagan más trasplantes con otra finalidad. Pero ya le digo, no es nuestro caso.

EL UNO.- El nuestro fue un deseo irrefrenable, la necesidad de materializar una idea.

EL EXTRA.- No entiendo.

EL OTRO.- Verá, fue durante una refriega.

EL UNO.- (Cansado.) Sí, mejor, cuéntaselo tú.

EL OTRO.- Ocurrió ahí mismo, justo debajo de esa ventana. Hubo un tiroteo, bajamos a ver qué había pasado y vimos a una mujer acribillada a balazos. «Mi hijo, mi hijo», decía, mientras se abrazaba el vientre.

EL EXTRA.- ¿Estaba embarazada?

EL OTRO.- Eso pensamos. La verdad es que estaba medio muerta. Trasladamos su cuerpo al hospital y, aunque ya no hablaba, de algún modo seguía repitiendo: «Mi hijo, mi hijo». Estremecía verla aferrada a su vientre. Cuando entramos en el quirófano, no sabíamos qué hacer. Había que salvar la vida, sí, pero ¿qué vida?

EL EXTRA.- La del hijo, supongo. Si estaba embarazada...

EL OTRO.- No, no lo estaba. **(Pausa.)** Estaba muerta: pálida, rígida, fría; muerta. Pese a todo, algo en ella irradiaba vida. Era la idea del hijo. Una idea tan real, tan contundente, que enseguida entendimos que era la vida lo que había que salvar. Cuando la muerte se encuentra con tanta facilidad en los campos de batalla, una idea así tenía que ser salvada. Y decidí operar.

EL EXTRA.- No sabía que fuese cirujano.

EL OTRO.- No lo soy. Pero era cuestión de necesidad.

EL UNO.- Verá, sabíamos lo que queríamos, teníamos el impulso y la voluntad. Sí, de acuerdo, podía costarnos siglos conseguirlo, pero no íbamos a detenernos por cuestiones técnicas. Teníamos que lograrlo.

EL EXTRA.- Pero lograr, ¿qué? No estaba embarazada.

EL UNO.- Nuestra mente es el lugar donde el universo se reflexiona, donde la voluntad y el instinto se enfrentan a la fatalidad.

EL EXTRA.- Sí, claro, en eso consiste la sabiduría.

EL UNO.- Cierto, lo demás es mecánica; cuerpos que soportan el saber. Hasta aquí, siempre dimos por hecho que eran los cuerpos los que generaban la idea. Por tanto, se trataba de invertir el proceso, de conseguir que una idea generara un cuerpo. Teníamos, sí, que resolver problemas de trasplante, dotarnos de órganos funcionales que facilitaran las cuestiones mecánicas; ahora, lo fundamental era que la idea lograra su propio soporte. Crear un ser vivo.

(Explosiones lejanas.)

EL EXTRA.- ¿La creación?

EL UNO.- La creación.

EL EXTRA.- ¿La obra de Dios?

EL UNO.- La obra de Dios.

EL EXTRA.- ¡Oh, no! A ver si va a resultar que de verdad soy un ángel anunciador.

EL UNO.- Eso mismo pensé en cuanto entró por esa puerta. **(Pausa.)** El ángel anunciador del Anticristo.

EL OTRO.- Un momento, un momento. ¿Qué disparate es ése?

EL UNO.- No es ningún disparate; cada tesis tiene su antítesis, y sólo en la síntesis está el equilibrio.

EL EXTRA.- ¿Hegel, de nuevo?

EL UNO.- Por lo que veo, estudian ustedes a conciencia la Historia de la Filosofía.

EL EXTRA.- Ya les dije que soy de letras. **(Pausa.)** Pero, ¿la antítesis de Cristo, por qué? ¿No será usted San Juan Evangelista?

EL UNO.- Ah, no, San Juan no era un pensador. San Juan era un literato.

EL EXTRA.- ¿Nietzsche, entonces?

EL UNO.- Justo. No, no se trata de una quimera bíblica y metafórica. El nuestro es el último grito en anticristos.

EL OTRO.- Pero qué Anticristo ni qué Anticristo. Es nuestro hijo. ¿A qué viene ahora esa blasfemia?

EL UNO.- Por favor, no me seas meapilas. Todo Cristo tiene su Anticristo, como todo Crishna tiene su Anticrishna, o como cada Buda tiene su Antibuda. Es el Antihombre: nuestro complementario.

EL EXTRA.- Pero eso es platonismo. ¿Cómo puede mezclar a Nietzsche con Platón?

EL UNO.- Ser antiplatónico no es sino otra forma de ser platónico. Que también cada discurso va siempre acompañado de su contrario.

EL EXTRA.- Y eso, ¿quién lo dijo?

EL UNO.- ¿Qué más da con qué nombre lo dije? Sólo existe una reflexión, aunque accedamos a ella fragmentariamente.

(Arrecia el fragor de la batalla. A veces próxima, otras lejana; siempre constante. Los ruidos llegan de todas direcciones.)

Llevamos milenios con los Cuatro Jinetes cabalgando sobre el planeta...

EL EXTRA.- Eso no me negará que es del Apocalipsis.

EL UNO.- ...y es preciso crear un hombre nuevo capaz de detener esta locura.

EL OTRO.- Locura, la tuya, enredando con las palabras en vez de apretar. La Filosofía es cosa de ociosos y no de parturientos. Vamos, para que se le anude un silogismo a la garganta, y se nos muera de asfixia dialéctica.

EL UNO.- (Gozoso.) No, no va a morir. Lo siento cómo empuja. Viene con todo el ímpetu de la Historia. Viene de las cavernas, como un proyectil de honda, a estrellarse contra mis entrañas. **(Orgásmico.)** ¡¡¡Aaahhh!!!

EL OTRO.- ¿Se puede saber a qué viene ahora ese disfrute?

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah! Prepárate... Prepárate, que de un momento a otro se va a mear en tus brazos el hijo de la idea.

EL OTRO.- Tú déjate de delirios verbales y aplícate a las contracciones.

(Nueva explosión, tan cercana, que de nuevo hace trepidar el vestíbulo. También golpes contundentes, rotura de cristales y olor a pólvora.)

EL UNO.- ¡Joder!

EL EXTRA.- ¿Qué ha sido eso?

EL OTRO.- Creo que nos han dado en los amarraderos.

EL EXTRA.- Pero, ¿quiénes son los que nos disparan con tanta saña?

EL UNO.- Nosotros mismos, que no queremos dejarnos nacer.

EL OTRO.- Está visto que a ti parir te pone estupendo.

(Se escucha cómo crujen unos maderos. Al principio, pausadamente; luego, con más celeridad.)

EL UNO.- ¿Oyes eso?

EL EXTRA.- Pero esto se mueve. ¡La casa se mueve!

EL OTRO.- ¡Maldición! Se han debido romper las maromas.

EL UNO.- Vaya momento para soltar amarras.

(Los ruidos arrecian y comienza todo a trepidar, también la sala. Es la casa que se arrastra por una pendiente.)

EL EXTRA.- (Aterrado.) ¿Qué amarras? ¿Qué maromas?

EL UNO.- (Acusando la trepidación.) La casa, que siempre está dispuesta como una carabela, esperando la botadura.

EL OTRO.- ¡Cogeos! ¡Sujetaos fuerte, no sea que reviente al entrar en el agua!

EL EXTRA.- ¡Oh, no! ¡Al mar, no! ¡Otra vez no!

EL OTRO.- (Eufórico.) ¡Ánimo la tripulación! Y usted levante ese espíritu mariner.

EL EXTRA.- Son dos amerizajes en menos de una hora.

EL OTRO.- ¡Adelante los míos!

(Los ruidos y trepidaciones producidos por la casa al arrastrarse por la pendiente culminan con el impacto que sufrirá al entrar en el mar. Los espectadores en este momento serán rociados con agua pulverizada. Huele a mar. El viento y el oleaje azotarán la sala. Todos a la merced del temporal. Hablan a voces, haciéndose oír sobre el fragor del océano embravecido.)

EL UNO.- (Gozoso.) ¡¡Ah!!

EL EXTRA.- ¿Está usted bien?

EL UNO.- Estoy.

EL OTRO.- ¿Te das cuenta? ¡Navegamos! ¡Al fin navegamos!

EL EXTRA.- Querrá decir que vamos a la deriva.

EL OTRO.- Digo que al fin partimos a descubrir nuevos planetas por esos mundos de Dios.

EL EXTRA.- Pues si esto sigue así, no creo que dure mucho la singladura.

EL OTRO.- Coja este cabo y tense el foque, mientras yo me hago con el timón.

EL UNO.- ¡Ya...! ¡Ya...! ¡Ya!

EL OTRO.- Ya, ¿qué?

EL UNO.- Ya llega, ya llega. Que me abro.

EL OTRO.- Podías haber escogido otro momento.

EL UNO.- Ayudadme, deprisa, que me viene.

EL OTRO.- Espera, al menos, que fijemos el rumbo.

EL UNO.- ¡Ah! ¡Ah!

EL OTRO.- Aguántalo. No aprietes.

EL EXTRA.- ¿Quiere que le eche una mano?

EL OTRO.- Usted no suelte el cabo y tenga tenso el foque, que no le flamee.

EL UNO.- ¡Ayuda, necesito ayuda!

EL OTRO.- Y tú, no seas tan ligero y compórtate como un primerizo.

EL UNO.- Pero si es el niño el que empuja.

EL OTRO.- Pues dile al niño que no incordie o se va a enterar de quién es su padre.

EL EXTRA.- Lo alista en la Marina sin pedirle opinión, y aún pretende que no se dé por aludido.

(El oleaje se encabrita por momentos y arrecian los ruidos de la guerra.)

EL OTRO.- De acuerdo, atiéndalo mientras yo me hago con la nave.

EL UNO.- Ven, ven a mi lado.

EL OTRO.- Ahora no puedo, que si la casa continúa escorándose acabaremos penetrando en los secretos del mundo submarino.

(Arrecia el viento. Golpea el oleaje. Bombardeos aéreos. Torpedos submarinos. Cargas de profundidad.)

EL EXTRA.- ¡Qué obstinados son ustedes en esto de matarse!

EL OTRO.- Vuelva a hacerse con el foque o acabaremos encallando en cualquier guerra mundial de éstas que tanto abundan por este fin de milenio.

EL UNO.- No, no se vaya.

EL EXTRA.- Vuelvo enseguida, en cuanto consigamos nivelarnos.

EL OTRO.- (Con aires de pirata cinematográfico.) ¡Rumbo a estribor!

EL UNO.- Dejaos ahora de coñas marineras. ¡¡¡Ah!!!, que estoy a punto de vaciar los adentros. ¡¡¡Aahh!!!

EL OTRO.- Pero, ¿no ves que nos persiguen los Cuatro Jinetes? ¿Cómo quieres que dejemos la nave a su aire?

EL UNO.- ¡¡¡Ah!!!

EL OTRO.- Asegure ese cabo y venga conmigo a darle vueltas al timón.

EL UNO.- No, no me deje.

EL EXTRA.- ¿Adónde atiendo?

EL OTRO.- Vaya, vaya con él.

EL UNO.- ¡¡¡Aaahhh!!! (**Gozoso.**) ¡¡¡Aaaahhhh!!!

EL EXTRA.- Ya asoma la cabeza.

EL UNO.- (**Orgásmico.**) ¡¡¡¡¡Aaaaahhhh!!!!

EL EXTRA.- Ya, ya lo tengo.

EL OTRO.- Cójalo de los pies, que ahora voy a cortar el cordón umbilical.

EL EXTRA.- Yo lo haré. Yo lo hago. Usted no se distraiga de la maniobra o acabaremos yéndonos a pique.

(Amaina el acoso guerrero y la amenaza de los elementos.)

EL UNO.- Sí, cortadle el cordón, soltadle las amarras, que también él navegue a su libre albedrío.

EL OTRO.- Pique amarras, contramaestre; a ver si al fin cesa el revuelo oceánico.

EL UNO.- Y el azote.

EL OTRO.- ¿Cómo?

EL UNO.- Sí, el azote, que hay que darle un azote.

EL OTRO.- Ah, sí, claro. (**Y le da unos cachetes.**)

(Se escucha cómo el niño rompe a llorar.)

EL EXTRA.- He aquí, nunca mejor dicho, al hijo del hombre.

(Leve al comienzo, un rumor trepidante hace temblar el suelo y, nacido de los adentros de la tierra, aumenta su intensidad hasta atronar. Y cesa el cataclismo, y una calma poblada de murmullos sedantes se adueña de la sala.

La luz, ausente por completo hasta este instante, penetra las tinieblas, las inunda. Lentamente, al principio, se insinúa; luego, la niebla se ilumina blanca e impenetrable. La luz iluminándose a sí misma. El espacio infinito.

Huele a jardín.

Tras la niebla, ocultos en la penumbra, se les oye.)

EL UNO.- ¿Estás ahí?

EL OTRO.- ¿Dónde quieres que esté?

EL UNO.- Sí, pero ¿estás bien?

EL OTRO.- ¿Cómo quieres que esté?

EL UNO.- Otra vez se te fue la mano.

EL OTRO.- Tú diste la orden.

EL UNO.- Te dije, sí, que soltaras amarras, pero no hasta ese extremo.

EL OTRO.- Queríamos navegar, ¿no?

EL UNO.- Quería la paz...

EL OTRO.- Pues ya la tienes.

EL UNO.- ...y el equilibrio.

(A medida que se disipa la niebla, una luz concentrada nos muestra cómo giran en el espacio dos hombres con barba, sentados en un dispositivo blanco con algo de trono y algo de cubilete de feria, sobre los que vuela una paloma. La referencia iconográfica debe ser inequívoca. Y aunque patéticos, que no grotescos, deberán provocar un sentimiento de ternura, jamás de burla. EL UNO y EL OTRO, con túnicas blancas, y EL EXTRA, escondido tras ellos y elevando sobre sus cabezas una marioneta con forma de paloma, todos con gafas de ciego; serán una unidad flotante en el espacio.)

EL EXTRA.- (La paloma.) Pero, ¡pero estamos volando!

EL UNO.- Ya.

EL EXTRA.- (La paloma.) Pero romper las ataduras hasta el extremo de volar... Eso sólo es posible si es que estamos muertos.

EL UNO.- Pues claro.

EL EXTRA.- (La paloma.) ¿Otra vez?

EL UNO.- Otra vez.

EL EXTRA.- (La paloma.) ¡Oh, no! Otra vez paloma, no.

EL OTRO.- ¿Qué esperaba, cambiar el mundo y seguir con los pies en la tierra? Navegamos, ya lo creo que navegamos. Navegamos por el agua evaporada.

(Los murmullos sedantes, apenas inteligibles, van concretándose en pequeños grititos, trinos de un paraíso plácido y cantarín.)

EL UNO.- El eterno conflicto entre el ser y el devenir.

EL EXTRA.- (La paloma firma la cita.) Parménides y Heráclito.

EL UNO.- (Con mosqueo.) Personalmente, prefiero el ser. La esencia y no el traslado. Pero mientras estéis al mando los hombres de acción, siempre estaremos en continua mudanza.

EL OTRO.- Mira, el instinto es la vida, mientras que la razón no es más que una coartada para morirse. Así que, por favor, no seas razonable y compórtate como un Dios positivo.

EL UNO.- Hijo, no entiendes nada, ¿qué diferencia hay entre instinto y razón? Esa dicotomía está bien para los mortales; pero cuando el ser es uno, todo es sabiduría.

EL EXTRA.- (**La paloma.**) Será Gloria Bendita, pero el caso es que yo siempre acabo haciendo el palomo.

EL UNO.- Ojalá pudiéramos ser sin actuar. La creación es un incordio. Una servidumbre.

EL OTRO.- No está tan mal, a mí me gusta: las estrellas, los astros, los planetas...

EL UNO.- Sí, los minerales nos salen bastante bien.

EL OTRO.- Da gloria ver cómo giran, todos en armonía.

EL UNO.- Estaría bueno que no supiéramos resolver un problema de tráfico.

EL OTRO.- Oye, tiene su mérito.

EL UNO.- No, si estoy de acuerdo: las infraestructuras, las bordamos. Incluso los seres vivos resultan aceptables. Es el hombre...

EL OTRO.- Pues no será porque no lo hacemos a nuestra imagen y semejanza.

EL UNO.- A lo mejor ahí es donde radica el problema. Debe ser muy jodido eso de ser un dios mortal.

EL OTRO.- Sí, claro, visto así... Aunque debe tener su morbo.

EL UNO.- Y tanto. Poder hacerle un corte de mangas a la eternidad.

EL EXTRA.- (**La paloma.**) Ahora, lo que no funciona es lo del Anticristo. O... lo del Antihombre. Es intentarlo y se escachifolla todo.

EL UNO.- Aún así, no podemos renunciar a que cada yo se funda con su contrario. Unir el positivo y el negativo. Alcanzar la unidad.

EL OTRO.- Sí, lo malo es que se funden los plomos.

EL UNO.- Ya sé que la perfección es algo utópico. Ahora, al menos nosotros deberíamos seguir creyendo en la utopía. Vamos, digo yo. **(Pausa.)** ¿O no?

EL OTRO.- Me temo que no nos va a quedar más remedio que volver a empezar.

EL EXTRA.- (La paloma.) ¿El eterno retorno?

EL UNO.- Sí, el eterno retorno.

EL EXTRA.- (La paloma.) Nietzsche.

EL UNO.- (Molesto.) ¿Sería posible que en el próximo ciclo se abstuviera de hacer citas? Me carga la erudición. Además, así no hay forma de reflexionar. Se trata de alcanzar la sabiduría, y no de hacer crucigramas ideológicos

EL EXTRA.- (La paloma.) Perdone, no sabía que le molestara.

EL OTRO.- No le haga caso, es que está nervioso.

EL UNO.- Cansado, lo que estoy es cansado. Hacer es limitarse. Cuando imagino el universo soy infinito; sin embargo, luego sale todo **(Recalcando.)** tan pequeño...

EL OTRO.- Tampoco hay que agobiarse, tenemos la eternidad para seguir intentándolo.

EL UNO.- Eso es justamente lo que me agota.

EL EXTRA.- (La paloma.) Yo, con tal de no hacer el palomo, estoy dispuesto a cualquier cosa.

EL OTRO.- En fin, habrá que volver. No sé si algún día nos liberaremos de la eternidad pero, mientras tanto, no habrá más remedio que volver.

EL UNO.- Si fuera posible regresar al vacío...

EL OTRO.- Y volver.

EL UNO.- Dejar de ser Dios.

EL OTRO.- Y volver.

EL EXTRA.- (La paloma.) La jubilación. Ahí es nada.

EL OTRO.- (Y repite con fastidio, bajando el volumen hasta extinguirse.) Y volver. (Pausa.) Y volver. (Pausa.) Y volver.

(Y giran..., y giran..., y giran... hacia el infinito, adobados en cánticos celestiales y olor a jardín. Oscuro convencional, seguido de luz de sala.)